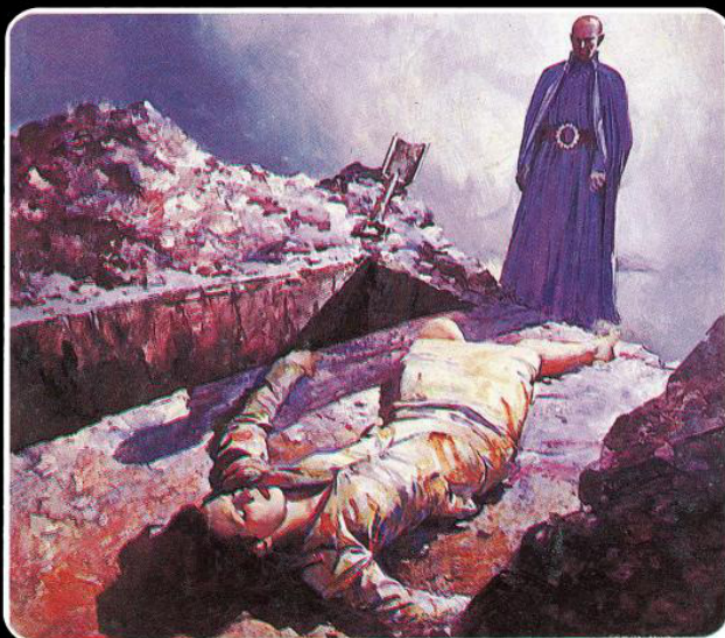


Serie terror
THANATOS

Michael Bannister

El argumento

NOVELA INEDITA



EDICIONES FORUM

**Michael
Bannister**

El argumento

EDICIONES FORUM

1.ª edición: mayo 1985

Esta edición es propiedad de Editorial Delta, S. A.
Paseo de Gracia, 88 planta 5.ª 08008 Barcelona.

© Texto: Michael Bannister

© Cubierta: Prieto - Ag. Norma

ISBN: 84-7598-138-0

Depósito Legal: M. 17.370-1985

Fotocomposición: T. G. S.

Luis Millet, 69. Esplugas (Barcelona)

Impresión: Gráficas FUTURA. Sdad. Coop. Ltda.

Villafranca del Bierzo, 21-23.

Fuenlabrada (Madrid)

Printed in Spain - Impreso en España, mayo 1985

Las situaciones y personajes de esta novela son ficticios.
Todo parecido con la realidad es mera coincidencia.

*A mi amigo Calixto que, sin saberlo,
me sugirió la idea.*

M. B.

PRÓLOGO

Sacramento (California), octubre, 1984

Lo sabía...

Pero aun así, el estallido de la tormenta le pilló por sorpresa.

Una copiosa tormenta de angustia que fue empapando su alma, hasta anegarla.

Angustia bajo cuyo diluvio, Bryan Brooking se sintió el más débil y desamparado de los mortales.

Sobre aquélla, un cielo negro en el que se retorcían con crispación malévola miles de nubes prestas a seguir derramando su aciago contenido, hicieron que Brooking, al intuir las más que al mirarlas, pasara de la angustia al miedo.

Al terror.

Un vivo estremecimiento sacudió su delgada naturaleza y al punto una mano helada, que surgía por entre los rayos y la invisible lluvia, atenazó su garganta comenzando a asfixiarle.

Bryan Brooking se detuvo en seco.

Tratando de serenarse.

Buscando en algún rincón de su cerebro un halo de serenidad, de prudencia.

Una fibra lúcida que le liberase de la espiral tétrica que su propio miedo estaba construyendo en torno a sí.

La angustia no era más que una absurda precepción. El miedo, una fantasía elaborada por la imaginación...

No debía haber ido allí, no.

Se maldecía por su estupidez...

¿Qué hacía él avanzando por aquel cementerio en penumbra lleno de siniestras evocaciones, de mudas escenas en cada una de

las cuales se concretaba el horror que le invadía sin que fuera capaz de evitarlo?

La llamada telefónica...

»—Acuda al Cementerio Norte a las doce en punto. Alguien le explicará el porqué de los asesinatos de sus compañeros McDermott, Clemence y Shilton».

¿Tanto le importaba *el por qué*?

Quizá no pero... Sí le importaba que su vida estuviese en juego... Que pudiera perderla al igual que ellos.

¿Quién les había asesinado?

¿*Por qué*?

Sí le interesaba, claro. Y si alguien le ofrecía la oportunidad de averiguarlo era, posiblemente, porque él no estaba condenado a muerte como los otros tres que aparecían en la fotografía.

En un cementerio... ¿Las explicaciones habían de dárseles precisamente en un cementerio?

Era cosa de locos...

¿Acaso no había de ser un loco sanguinario, un paranoico o un psicópata, el que brutal y morbosamente asesinara a Phil McDermott, Trevor Clemence y Alvin Shilton?

¿Quién le aseguraba que al acudir a la cita no se había puesto, con la mayor docilidad, con estupidez sin precedentes, cerca de las garras del ejecutor para que éste lo eliminara en tributo a su locura homicida?

Sólo a un criminal enloquecido podía ocurrírsele citarlo allí... Pero, si también él estaba sentenciado, ¿qué más daba allí que en cualquier otra parte?

Cuanto antes, mejor.

No podía seguir viviendo con aquella zozobra. Con la horrible angustia de estar preguntando cada minuto... ¿Cuándo?

Eso: ¿Cuándo?

Su cerebro era en aquel momento un galimatías de confusiones. Una máquina estropeada, o quizá terriblemente lúcida, coherente, que funcionaba al recibir los impulsos del horror razonando con espantosa realidad.

MUERTE...

¿Por qué alguien había sentenciado a muerte a los cuatro hombres felices, sonrientes, que un fotógrafo captara en rápida

instantánea?

En medio de aquel mare mágnun de inquietudes un pensamiento surgió de repente, sobreponiéndose al horror. Un pensamiento que dejó latente una afirmación estremecedora: *Era un milagro que él, Bryan Brooking, siguiera vivo.*

Sí.

Porque, desde hacía unos minutos, la sangre se le había helado en las venas. Y con la sangre helada, nadie podía vivir. Nadie...

Tragó saliva.

¿Volver atrás?

¿Correr hacia la entrada del cementerio, coger el primer taxi, regresar a casa y ocultarse en algún lugar donde nadie fuera capaz de encontrarle?

No...

Absurdo.

Infantil.

Porque estaba seguro de que en cuanto diera dos, tres pasos atrás, se tropezaría con la muerte y todo habría terminado.

Porque la muerte estaba allí. Al pie de cada tumba. Encima de cada sepultura. Pero allí. Mirándole con sonrisa perversa. Complaciéndose en prolongar aquella agonía de la que él mismo marcaba las pautas.

MUERTE...

¿En virtud a qué extraña influencia se la temía tanto?

Bryan Brooking experimentó el convencimiento de que ella, de un momento a otro, le tocaría con sus manos huesudas, descarnadas, de dedos sarmentosos.

La impresión sería brutal. Se produciría en lo más profundo de su mente un impacto psíquico enloquecedor.

Había oído decir que todo empezaba con un largo pasillo, estrecho, sombrío, interminable, a cuyo otro extremo, disminuido en razón de su lejanía, brillaba una luz. Y bajo ésta, la muerte sonreía batiendo sus alas negras, envolventes, entre las cuales recogería al atormentado viajero librándole para siempre de los horrores.

¿Y mientras durase el avance por aquel largo corredor... *qué?*

Brooking alzó la palma de su mano derecha para golpearse fuerte, casi con violencia, contra la frente.

Buscando despertar. ¿A qué? ¿De qué?

Pero el manotazo pareció, en principio, devolverle a una realidad que el miedo le había hecho perder.

CEMENTERIO...

Estaba en un cementerio, sí.

Hogar de la muerte también.

Encendió un cigarrillo y más que absorber, que aspirar, engulló el humo con avariento delirio buscando encontrar, cuanto antes, la templanza, el sosiego que había de producirse cuando aquél invadiera los pulmones, se filtrara en la sangre convirtiéndose en un componente más de aquélla.

El tabaco le ayudaría, seguro, a estabilizar su equilibrio emocional.

Tumbas... ¡aquel maldito reducto estaba plagado de tumbas!

¿Qué esperaba hallar en un cementerio?

Losas. Cruces. Herrumbre. Silencio.

Los muertos... ¿Los muertos tenían consciencia de que él estaba allí? Seguramente.

Seguramente, sí.

De pronto se produjo un estallido de luz en el cielo y la diestra de Brooking tembló, estando a punto de dejar caer el pitillo.

La luna. Ella también estaba allí.

Con su luz parecía una espada luminosa, tirándose a fondo, a matar, para abrir una herida estremecedora en las tinieblas. Balanceándose caprichosa por encima de las copas enhiestas, rígidas, de los cipreses. Bajo sus hirientes destellos, el panorama que ofrecía el camposanto era espectral.

Bryan detuvo el avance que había reanudado despacio, torpemente, acechando las espesas negruras de la mortal urbe.

El viento, entonces, habló con su onomatopeya ululante, obligándole a estremecerse.

—¡Ya basta, Dios santo, ya basta! —gritó.

Su voz le sonó extraña, crispada, como el tañer de una campana tocando a funeral.

A MUERTE...

De pronto casi se dio de bruces contra el poste metálico, vertical, que sostenía el cartelito indicador.

ZONA H. SECTOR 2.

Era allí. Sin proponérselo, había llegado al punto de la cita.

Sendero A...

Lógicamente, el primero a la derecha.

Se introdujo por él.

Había llegado, sí.

Pero... ¿Adónde?

Tardó muy poco tiempo en saberlo.

El justo y exacto que invirtió en dar cinco, seis pasos a lo sumo por encima de la crujiente gravilla que cubría el Sendero A.

Muy poco tardó en saber que había llegado...

Frente a su tumba.

—¡Dios del cielo! —articuló, tirando el cigarrillo para llevarse ambas manos al rostro.

La cita misteriosa del personaje que le había asegurado que en aquel cementerio encontraría la explicación a los asesinatos de sus compañeros conducía, en verdad, a su tumba.

Rectangular.

Abierta.

Vacía.

Con dos montañas de tierra olorosa, fresca, a ambos lados del abierto rectángulo.

En el fondo, rematándola, allá donde terminaba la abertura, a manera de túmulo, un pedrusco de superficie escabrosa e irregular en el que, a escarpa, martillo y cincel, se habían grabado las siguientes palabras:

BRYAN BROOKING

1959-1984

R.I.P.

Las manos pasaron del rostro a la garganta y hubo un amago de crispación engarfiándose en torno a aquella bajo el convencimiento de que apretando, apretando, apretando, podría expulsar la angustia, el horror asfixiante que se había apoderado de ella...

Que no le dejaba respirar.

Que amenazaba con el estallido de los pulmones por falta de aire.

—Eres realmente impresionable, Bryan. Yo siempre te había tenido por un muchacho de lo más equilibrado.

La voz le sobrecogió.

Tembló de pies a cabeza.

Fue tal el temblor, tan perceptible, sonoro, que sus dientes entonaron un tableteo que hizo derivar el temblor en vivos estremecimientos.

MUERTE...

No reunió la entereza necesaria para dar la vuelta.

Tratando de mantenerse inmóvil, de no agitarse, susurró:

—¿Quién... quién eres?

—¿Me lo preguntas todavía? Soy tu *muerte*.

—No...

—Vuélvete, Bryan. Mírame.

—No...

—Tienes el cuerpo lleno de miedo, más no te cabe. Mayor angustia de la que estás experimentando no podrás experimentar. Vuélvete... Te prometí una explicación, ¿recuerdas? *Ellos* no supieron por qué morían. Tú, lo vas a saber.

Tardó una eternidad, tanto como la misma Creación, en conseguir que sus tacones dieran un giro, sin alzarse, haciendo gemir la grava, para situarse frente a...

Era muy alto. Enfundado en un traje talar y cubierta la cabeza con un ancho capuchón grana sobre el que se había bordado con hilo blanco, una calavera.

Traía cruzada sobre el pecho, en bandolera, un hacha que apretaba contra aquél con ambos antebrazos.

UN HACHA...

Bryan Brooking recordó entonces que sus compañeros habían muerto materialmente triturados. Con los rostros irreconocibles. Convertidos en un amasijo de carne, cartílagos, tendones y huesos, bañados en su propia sangre. Destrozadas igualmente las extremidades inferiores y superiores. Sólo una parte del tronco se había librado de la bestial acción del sádico asesino.

Aquel que ahora tenía delante.

Observó con horror que las manos del encapuchado estaban con unos extraños, siniestros guantes. Parte de su superficie, la correspondiente a los nudillos cuando éstos se ofrecieran en forma agresiva de puños, lucían agudos, largos, mortales pinchos...

PINCHOS...

¡Terriblemente puntiagudos!

Jamás se había parado a pensar que nadie pudiera recrearse, gozar, concibiendo semejante locura para encender en los demás la hoguera del horror. Porque él, ahora, estaba aterrado.

—¿Por... por qué?

Una de las manos erizadas de astillas metálicas se alzó para arrebatarse el propio capuchón, dejando las facciones de aquel rostro al descubierto.

Brooking pensó, en aquel momento, que miedo y terror —que en verdad eran uno mismo, o la prolongación del mismo, o la exaltación el otro del uno—, se desvanecían como por arte de encantamiento para dejar paso a los abismos de la locura.

Porque, sin duda, acababa de volverse loco.

Definitivamente loco.

ALVIN SHILTON...

Era el rostro de Alvin Shilton. Su amigo. Su compañero. Uno de los cuatro que figuraban en la fatídica fotografía. El que fuera asesinado en tercer lugar por el psicópata sanguinario...

ALVIN SHILTON, sí. Era él. Pero...

—¡No, no es posible! Alguien está jugando con mi equilibrio psíquico. Esto... ¡No puede ser verdad! Tú... ¡tú estás muerto!

—¿Muerto? —Pareció sorprenderse el de vestimenta talar grana y hacha de verdugo medieval. Estallando en carcajadas macabras que estremecieron el silencio de los difuntos—: ¡JA, JA, JA, JA, JA, JA, JA, JA! ¿Aún no lo comprendes, Bryan?

Dio un paso atrás, vacilante, trémulo otra vez.

—No...

—¿No? ¿Qué clase de periodista eres tú? Se supone que en nuestra profesión las dotes deductivas son fundamentales, Bryan. Yo... *yo les maté*. A Phil McDermott, a Trevor Clemence, a *mí mismo*. Bueno, comprenderás que alguien murió en mi lugar. Pero tan terriblemente destrozado al igual que los otros dos, que vestido con ropas mías y llevando encima objetos de mi propiedad, dado el parecido físico entre ambos... ¿Comprendes ahora, viejo amigo? ¿Lo entiendes ya, Bryan Brooking?

—No... ¡No puedo entender el porqué de tanto horror, de tanta sangre, de tanta muerte! ¡No, no, y mil veces no!

—Dos millones y medio de dólares, amigo —silabeó el de

funestos ropajes. Repitiendo con marcado énfasis—: DOS MILLONES Y MEDIO. El importe del seguro de vida que cobró mi viuda luego de morir yo.

—¿Por... *por eso has asesinado a dos amigos?* A dos compañeros...

—Para que Shirley cobrase esos dos millones y medio, yo, enténdelo Bryan, tenía que morir. MORIR... Simular sólo mi muerte comportaba infinidad de riesgos. Demasiados. Las investigaciones policiales acabarían, tarde o temprano, cerrándose en torno a la realidad. Cuando comprendiesen el porqué, les bastaría con vigilar estrechamente a Shirley para dar conmigo. Cárcel... Muchos años de cárcel. ¡Y adiós a los dos millones y medio!

—Loco, Alvin... ¡Estás rematadamente loco!

—¿Loco? —se sorprendió de nuevo aquel personaje de crueles relieves—. ¿Te atreves a llamar loco a un hombre que ha encontrado la piedra filosofal que le permitirá disfrutar de su propio seguro de vida? ¡Bryan, el miedo te ha licuado los sesos! ¿Loco yo? ¡JA, JA, JA, JA, JA, JA!

Se hizo un denso, apretado silencio, que hubo de complacer a los muertos que veían profanado su descanso eterno con el rumor de voces y el estallido de vibrantes carcajadas.

Luego, el criminal de vestimenta grana, prosiguió frente al estupor de Brooking:

—Te he dicho que fingir mi muerte no servía a mis propósitos. Fue la estúpida foto que Brannigan nos hizo a los cuatro en aquella excursión familiar la que me dio la genial idea. Primero, obtuve cuatro copias de la misma... Si íbamos muriendo uno a uno, destrozados, sangrientamente mutilados, y junto al irreconocible cadáver se encontraba una de las copias con el rostro del muerto tachado con rotulador rojo, la policía pensaría, lógicamente, en la venganza de alguien contra nosotros. Alguien que, enloquecido de odio, nos pasaba criminal factura por *algo* que le habíamos hecho. Las pesquisas policiales entrarían en un círculo vicioso y con el tiempo, el caso quedaría archivado en la carpeta de asuntos pendientes, mientras Shirley y yo estaríamos, *estaremos*, viviendo en cualquier país de Sudamérica. Éste ha sido, Bryan, *el argumento* de mi película.

—Un día u otro lo descubrirán, Alvin.

—¿De veras? ¿Y qué? No podrán encontrarme nunca. NUNCA...

—Estás enfermo. Deja que te ayude. Los médicos probarán que tu cerebro...

Los ojos de Alvin Shilton parecieron encenderse dentro de una hoguera satánica chispeando con el fuego del mismo infierno.

—¡No sigas! —aulló, fruncidas las facciones en diabólica mueca —. ¡NO SIGAS!

Al tiempo que repetía la exclamación saltó hacia adelante con el puño derecho extendido, mientras el mango del hacha quedaba prieto dentro de la otra mano.

EL PUÑO...

Estalló con furia incontenible contra el rostro de Bryan Brooking.

—¡Aaaaaaaaaaag!

SANGRE...

Torrentes de ella brotaron de la cara del muchacho borrando de súbito la expresión estupefacta que ofreciera segundos antes.

SANGRE...

A raudales. Fue un diluvio rojizo el que se produjo entre las facciones de Bryan Brooking, borrándolas, desdibujándolas en el interior de aquella tormenta viscosa, absorbiéndolas hacia lo más profundo de las fauces adherentes cuya pringue sanguinolenta burbujeaba por encima de la machacada nariz, de los labios tumefactos, de los ojos que colgaban de las órbitas retenidos debajo de aquéllas por un salivazo escarlata...

El puño siguió estrellándose una y otra vez, impulsado por el furor homicida del asesino, hasta deshacer literalmente la cara de Brooking, de tal suerte, que pasados unos minutos, encima de su cuello, sólo quedó un retorcido muñón rojo, una masa nauseabunda, un espasmo de horror y...

SANGRE.

Mientras el puño estallaba y estallaba.

Fue entonces cuando alguien que estaba contemplando la escena, que estaba delante de los protagonistas de la misma a prudencial distancia, pareció ponerse en pie comenzando a aplaudir con verdadero deleite.

Luego, le siguieron muchos.

Muchos aplausos.

Todos aplaudían.

Cuantos ocupaban el patio de butacas del «Royal Cinema» de Sacramento —local inaugurado coincidiendo con el «Primer Certamen del Argumento de Terror», para magnificar aquel acontecimiento organizado por el Ayuntamiento de Sacramento y la «Asociación Californiana de Cinéfilos»—, puestos en pie, batían palmas para corroborar el éxito obtenido por la película triunfadora en aquel primer certamen que, precisamente, llevaba por título «El Argumento».

La cerrada salva de aplausos se extendió a lo largo de casi cinco minutos.

Los organizadores del festival, evidentemente satisfechos por el triunfo acaparado, esperaron en lo alto de la tarima situada frente a la pantalla a que amainara el entusiasmo de los asistentes —buena parte de los cuales eran críticos de cine pertenecientes a los más prestigiosos rotativos, venidos de todos los puntos del país; igual que productores, artistas y aficionados, que componían el resto del aforo—, para proceder al acto final de la entrega de premios.

Luego, el alcalde de la ciudad pronunció un breve parlamento, agradeciendo a todos los presentes su asistencia y el prestigio que con la misma habían dado a aquella muestra o certamen para premiar los mejores argumentos del cine de terror, clausurando acto seguido el festival.

1

La organización del «Primer Certamen del Argumento de Terror» había ofrecido como colofón al mismo, en los salones del «Mountains Hotel», una cena de despedida a todos los periodistas acreditados que asistieran al festival.

Eran más de las dos de la madrugada cuando los comensales se fueron retirando entre abrazos, sonrisas, y convencionales frases de despedida, dirigiéndose muchos de ellos a las habitaciones que ocupaban en aquel mismo hotel.

Pero aún quedaban algunos grupos diseminados entre los dos grandes salones que el establecimiento hotelero había puesto a disposición de los organizadores del certamen para agasajar a los representantes de la prensa.

En uno de aquéllos, un tipo alto y desgarbado, pelirrojo, con cara de niño malo cuyo rostro tachonaba un sinfín de pecas, dijo de pronto a sus compañeros:

—¡Eh, familia! ¿A que no sabéis qué se me ha ocurrido?

—Vomita por esa boca de piñón, Terry.

Terry Robson hizo un guiño jocoso, cómico.

—Bueno... Podríamos hacernos una foto los cuatro, ¿eh? En recuerdo de nuestra asistencia a este primer certamen. ¿Qué os parece? Y así, a lo peor, le damos argumento a un sádico, como en la película, para organizar una caravana de asesinatos.

Lee Linn-Baker, un fulano alto, moreno a rabiarse, con un tupé saliendo en forma de onda por delante de su frente despejada que recordaba, y mucho, al Johnny Weissmuller de los buenos tiempos, y que era crítico de cine y teatro del prestigioso semanario «California Mirror», se encogió de hombros ambigua y deportivamente.

—Bueno, si te empeñas... —murmuró—: *Okay*. Que nos perpetúen para la posteridad.

—Nada que objetar por mi parte —dijo Mark O'Toole,

otro de los componentes del grupo, delgado y bajito, rubio, con unos ojos azules que a fuerza de transparentes parecían no existir, firmante a diario de la columna de cine del «Long Beach Herald». Bromeando—: Siempre que me saquen todo lo guapo que realmente soy, ¡por supuesto!

—¿Y tú qué opinas? —preguntó el pelirrojo al cuarto integrante del grupo.

Dustin Farentino miró a su compañero con escepticismo. Era de mediana estatura, fornido, demasiado quizá con relación a su envergadura ya que el tronco fibroso de acusada musculatura parecía medir más de largo que sus extremidades inferiores. Era hombre parco de verbo, hosco en el gesto de sus facciones que parecían de continuo veladas por una sombra de tristeza, introvertido y poco amigo de frecuentar tertulias y reuniones.

Aquella noche, dadas las circunstancias, parecía haberse avenido a hacer una excepción en sus hurañas costumbres.

Titular del espacio que a la crítica cinematográfica dedicaba diariamente «Los Ángeles Times», era temido por los artistas, directores y productores, ya que su pluma, a menudo, parecía convertirse en un bisturí, mejor en un escalpelo, entrando con voluntad forense en el cuerpo de las películas para hacer de ellas, más que un juicio, censura o elogio, una auténtica autopsia.

—Supongo —anunció con su clásica aspereza—, que debo someterme al criterio de la mayoría, ¿no?

—*Okay* —cabeceó el desgarbado Robson, al tiempo que giraba la testa buscando a alguien. Debió verle a juzgar por la exclamación —: ¡Eh, ahí está Bowie! El fotógrafo del «Tribune Frisco» —hizo un gesto con la derecha en alto al tiempo que gritaba—: ¡Eh, Bowie! ¡Ven acá! Estamos ansiosos porque nos immortalices con tu caja de zapatos.

Obviamente, la «caja de zapatos» era la máquina que, con su correspondiente *flash* incorporado, David Bowie, que ya se dirigía hacia ellos, llevaba colgada del cuello.

—¿Qué pasa con vosotros, tíos? —El tal Bowie tenía un pelo negro que nada envidiaba al de un erizo, con más puntas que una fábrica de lápices.

—Queremos que quede constancia gráfica del momento —dijo el rubiales
O'Toole.

—Correré el riesgo de que me jodáis la «caja de ahorros». ¿Os importa ponerlos detrás de la mesa? Cogidos por el cuello, abrazados, en plan fraternal como es la costumbre, ¿no?

Lo hicieron, pero con más seriedad que la lógica, dado el talante informal y distendido de los compases finales del ágape.

Bowie los encuadró desde el otro lado del cristal milimetrado que se interponía entre ellos y su retina, apretando el sensor a renglón seguido.

—Listos —dijo luego.

—Nos haces cuatro copias, «cabello ondulado» —se burló Terry Robson.

—¡Mira tú quién habló! Os las enviaré a vuestras respectivas redacciones en los Ángeles... Contra reembolso, claro.

—Confiado que es el chico —musitó Linn-Baker.

—Si no les cobrara a los colegas, al menos para los gastos, estaría pidiendo limosna a la entrada de cualquier estación de autobuses —protestó el fotógrafo.

—Llora, llora... —Siguió coñeándose el pelirrojo Robson.

David Bowie se alejó del grupo sin hacer demasiado caso a los burlones comentarios del cronista cinematográfico de «Los Ángeles Sun», no sin murmurar algo entre dientes.

Mark

O'Toole

—mientras los cuatro comenzaban a pensar en retirarse—, comentó como quien no quiere. Distraídamente...

—¿Os imagináis que entre nosotros haya uno que esté cavilando ya en cobrar de pie el seguro de vida? Tendría que asesinar a los demás. Morbosamente. Sangrientamente...

Las palabras de

O'Toole,

al menos en apariencia, pasaron desapercibidas, sí.

Robson, Linn-Baker y Farentino, pareció que no le habían escuchado.

Que no habían querido escucharle.

Los Ángeles (California), marzo, 1985

Terry Robson abrió la puerta del chalet con su aire despreocupado de siempre, cerrándola con el tacón, al tiempo que exclamaba:

—¡Constance! ¡Cariño! ¿Estás ahí?

Nadie respondió a su efusivo y amoroso saludo.

Constance, su compañera, no habría llegado todavía. Era consuetudinario que cualquier motivo, ya fuesen clientes, figurinistas, o una nueva remesa de modelos, retrasaran su horario de salida.

Porque todas las cosas venían a suceder, indefectiblemente, a la hora de salir. Para fastidiar al personal, desde luego. Y Constance era pieza importante, por no decir clave, en el desenvolvimiento comercial y hasta humano, de la popular *boutique* de Pasadena donde trabajaba desde los 16 años.

«Olga's»,

en los últimos tiempos, se había puesto a la cabecera del *prêt-à-porter* de Los Ángeles y sus distritos, lo que hacía que, sobre todo por las tardes, se viera frecuentada por numerosa y distinguida clientela, especialmente femenina, entre la que se contaban multitud de rostros conocidos en Hollywood y Beverly Hills. Chicas del cine. Unas habiendo triunfado ya y otras muchas con esperanzas de hacerlo pronto.

Luego, estaban los frecuentes pases de modelos.

Incluso conferencias informales pronunciadas por modistos llegados de Europa, muy en particular de Francia e Italia.

Total, que eso incidía y repercutía en el horario de las

empleadas que, la mayor parte de las tardes veían prolongada su jornada laboral en una, y hasta en dos horas.

—Paciencia... —musitó el pelirrojo de andares rápidos y cómicos, que en algo recordaba a Woody Allen. Reflexionando mientras subía por la escalera que llevaba a las habitaciones de la vivienda con diseño dúplex—: Lo fastidioso del caso es que yo venía con ganas de... Unos pellizquitos en las nalgas, ¡qué nalgas tiene Constance! Unos «cariñitos» en los pechos, ¡qué pechos de fuego tiene Constance! Un zumito de su lengua, ¡qué lengua tiene Constance! Y un polvo de campeonato. Bueno, mejor me callo y dejo de pensar en eso.

Sí, era mejor. Muchísimo mejor. Porque al crítico de cine del «Los Ángeles Sun» ya le había pasado la edad de consolarse solo, al amparo de sus fantasías sexuales. Aunque, claro, si la mente jugaba malas pasadas y la necesidad acuciaba, siempre y como último recurso quedaba la esperanza de...

—¡No! —gritó alarmado, buscando con ansia huir a los lúbricos pensamientos que poblaban todos los espacios de su mente.

Entró en el dormitorio, comenzando a desnudarse. Una ducha bien fría, reconfortante, balsámica para el cuerpo y el espíritu, era a partir de aquel momento su objetivo prioritario. Así, conservaría íntegras sus energías, toda su fogosidad varonil, hasta la noche.

—Eso... —Sacó la toalla del ropero enrollándosela a la cintura.

Además, habían quedado de acuerdo para cenar fuera. En el «Micha's», en Sunset Boulevard. Porque cuando no se trataba del trabajo de Constance, se trataba de una sesión de cine, o de un compañero enfermo al que debía cubrirle la guardia... O porque él o ella estaban agotados. El caso concreto era que hacía meses, muchos meses, demasiados meses, que no se tomaban una noche para ellos dos. Cena, conversación, algo de intimidad, un paseo por la playa y luego a casa. A... A eso. Que después de lo reseñado apetecía un montón.

—Nada más falta que llegue tarde, ¡y se jodió el invento! —dijo en voz alta como si alguien pudiera oírle, al tiempo que pasaba al baño.

Se puso a silbar una tonadilla de moda para ahuyentar de nuevo los peores pensamientos que asaltaban el compartimento lúbrico de

su pelirroja cabeza, interiormente hablando.

Aquel cuarto de baño que parecía el vestíbulo de un cinco estrellas, por lo espacioso y alegre, había sido idea de Constance. Su compañera tuvo una infancia y parte de la adolescencia, muy difíciles. En el seno de una familia superpoblada con un padre que sólo pensaba en el alcohol y en hacer hijos: hasta un total de ocho, al margen de tres abortos y dos que no habían sobrevivido más allá de los seis meses. Y una madre resignada al coito, el parto y las palizas.

Pero lo que más había traumatizado a Constance, al parecer, era el hecho de haber vivido durante varios años hacinada en la habitación de un fonducho al que llamaban residencia, donde tenía que compartir con treinta huéspedes más, el inodoro y la ducha. Hasta el extremo de haberse hecho a sí misma la firme y formal promesa de que el día que consiguiera emanciparse y vivir como un ser humano, con ciertos privilegios y la dignidad recobrada, tendría una sala —no un cuarto— de baño para impresionar principiantes y supervedettes.

Lo había conseguido, ¡vaya que sí!

Se lo puntualizó a Terry el día que se liaron la manta a la cabeza decidiendo compartir la vida:

»—Mira, pelirrojo... Eres el tío más feo que me he tirado a la cara. Pero me vas y no puedo remediarlo. Debe ser, patoso, una manera moderna de decir que te quiero. No me importará, incluso, que me hagas un hijo. Siempre que me des palabra de que no será tan feo como tú, ¿eh? Dos cosas, no obstante, necesito que queden muy claras entre nosotros: primera, que no voy a consentirte que me pongas cuernos. Segunda, que vayamos a vivir donde vayamos, quiero que me montes un salón de baño de película.

»—*Okay*, guapa —le había contestado él—. Si me prometes dejar que te enjabone cada vez que te bañes, tendrás ese salón con manicura y todo si lo deseas.

»—Con que me hagas tú la manicura y lo demás, me sobra.

Allí estaba el resultado de la condición impuesta por Constance Keller.

El baño propiamente dicho era una amplia circunferencia de porcelana, enorme. Casi una sauna de casa de relax o tapadillo, metida en un envase de trazo rectangular que le hacía sentirse a

uno perdido en un oasis de agua y espuma de gel. Una de las paredes era espejo de arriba abajo, el resto mosaico, con los accesorios habidos y por haber.

Remataba aquella obra destraumatizante un piso de cerámica que en los contornos del baño estaba recubierta de goma para evitar romperse la crisma al salir de aquél.

Un mamparo graduable de plástico, a manera de biombo, permitía cierta intimidad a la hora de la higiene.

Con la esperanza de que Constance no se demorase en exceso se zambulló en la bañera y soltó el agua empezando a enjabonarse, mientras reanudaba sus desafinados y estridentes silbidos, luego de correr, pudoroso que era él, la puertecilla de plástico.

Apenas quedó convertido en un maniquí anunciando una prestigiosa firma de algodones ya que de entre las tupidas burbujas blancas justo si emergía una corona de color panocha, cuando la puerta graduable se abrió bruscamente y una voz anunció:

—En verdad, Terry, fue una idea estupenda el fotografiarte con tus compañeros aquella noche en Sacramento. Quedasteis todos muy bien, sí. Mucho... Es un magnífico retrato, desde luego. Lástima que...

El ruido del agua no le dejaba oír bien. Por eso, en principio, pensó que se trataba de Constance gastándole alguna de sus bromas.

Volvió la cabeza y dijo:

—Oye, muñeca. Si de veras quieres cenar fuera esta...

No era Constance, no.

Y de ser una broma, había ido demasiado lejos.

Porque estaba vestida de verdugo con un largo traje talar grana y un ancho capuchón del mismo color ocultando sus facciones.

En éste, con hilo blanco, aparecía el siniestro bordado de una calavera.

Un hacha descansaba en tierra, vertical, pegado a la pierna derecha del enmascarado, con la mano del mismo lado apoyada en aquélla para evitar que cayese. Llevaba guantes, grana también. Cubiertos, de nudillos para arriba, por largas y puntiagudas púas metálicas.

Tragó saliva tratando de manotear para deshacerse de la espuma como si ésta aumentara su inquietud o le hiciera sentirse extremadamente ridículo frente a la insólita situación que acababa

de plantearse. Aunque desnudo, claro, lo que sucedería si se libraba de la espuma, se encontraría más ridículo todavía.

—¡Pero...!

—«El Argumento», Terry. Me diste la idea para que escribiera el mío propio.

—¡Mald... maldita sea! ¿Qué clase de estúpida broma es ésta?

Una tenue y funesta carcajada se ahogó dentro del capuchón.

—Si llamas broma estúpida a encontrarte en el umbral de la muerte...

—¡No!

El periodista entendió a partir de aquel instante lo grave del momento. La idea de que el enmascarado estaba allí, frente a él, para cumplir la escalofriante amenaza que acababa de pronunciar, se hizo patente por encima del mismo terror que le causaba.

Argumento... Fotografía... ¿Por qué?

¿Entonces...? ¡El fulano del hacha tenía que ser uno de los otros tres!

¿Quién? ¿Qué pretendía realmente?

—Oye, mira... —A pesar de la serenidad que trataba de aparentar, la voz le temblaba perceptiblemente—. Creo que podemos...

—¿Entendernos? —existió un matiz caustico en la voz del encapuchado. Dijo, a renglón seguido—: No, Terry. Eres tú el que no lo entiende. He venido a matarte. A *matarte*, ¿comprendes? Así.

El hacha pareció que se elevaba del suelo como impulsado por una fuerza misteriosa al tiempo que revoloteaba en el aire para que su filo, en cuestión de segundos, quedara delante del aturdido rostro del enjabonado pelirrojo.

Los ojos parecieron querer saltarle de las órbitas e instintivamente trató de echarse atrás, ademán coartado por el redondo envase de porcelana, que le impidió consumarlo. Apenas si pudo iniciarlo realmente.

Brilló con centelleo diabólico el afilado acero que cobró de pronto, frente a las exaltadas pupilas del periodista, una misteriosa cualidad hipnótica hasta el extremo de que se mantuvieron abiertas, enormes, prendidas en aquel centelleo mortal que como un *flash* azul, cegador, avanzó vertiginoso hacia la faz atónita de Terry Robson.

El estallido fue espeluznante.

Como un chirrido crujiente parecido al que producía una cucaracha al ser aplastada por un zapato furioso. Algo que hacía estremecer, que enervaba, y que contenía al mismo tiempo una fascinación morbosa.

Un placer nauseabundo.

La cara del pelirrojo se fundió en un vómito de sangre quedando partida en dos. El siguiente hachazo la elevó a la condición del infierno con miles de matices rojos que pronto se fueron confundiendo con agua y jugos, con una masa viscosa en la que estaban adheridos jirones de carne desgajada, huesecillos, cartílagos, hasta que el hacha manejada con sadismo satánico completó, despiadada, su sanguinaria tarea.

Un tajo seco cercenó del tronco aquel muñón escarlata que salpicaba chorros de sangre con violencia estremecedora.

Iba, venía, subía, bajaba, prosiguiendo con feroz arrobo su dantesco cometido.

El encapuchado, invadido de pronto por un gorgoteo febril, imprimió a su brazo asesino una mayor fiereza, adentrándose en una metódica tarea que no perseguía más finalidad que destruir la desgarrada naturaleza del pelirrojo... de lo que quedaba de ella.

—¡Éste es mi argumento, Terry! —jadeaba como un poseso mientras el pecho se dilataba arrítmicamente debajo de la túnica granate y de su garganta, por dentro de la capucha, surgían ronquidos y jadeos demenciales—. ¡MI ARGUMENTO!

¡Crask! ¡Crask! ¡CRASK! ¡CRASK!

Siguió gritando:

—¡Mi argumento! ¡TU SANGRE ES MI ARGUMENTO!

Debajo de la sangre, sí, fue desapareciendo el anuncio de la industria algodонера que durante unos minutos había parecido protagonizar Terry dentro de su malla de gel.

La bañera cuya posesión había obsesionado a lo largo de los años a Constance Keller se convirtió en un lago escarlata donde se hundieron los despojos del que fuera crítico de cine firmando diariamente la columna del «Los Ángeles Sun».

Cuando el fanático asesino dio por concluida su diabólica tarea una fotografía en la que el rostro cómico y sonriente de Robson aparecía tachado con una «X» en trazo rojo, cayó al pie del baño,

balanceándose cual siniestro barquichuelo encima de un mar de sangre y espuma.

Después sobrevino un profundo silencio sólo turbado a intermitencias por un estremecedor

«glub-glub»,

«glub-glub»,

«glub-glub»...

3

Constance Keller, tenía unas facciones tan endiabladamente perfectas, que hasta llorando estaba bonita.

Era una mujer muy especial.

Resultaba absurdo pensar, viéndola con sus bellos ojos negros anegados en llanto, que aquella mujer extraordinaria hubiera podido enamorarse de un patoso desgarrado, panocha, y feo para más señas, como Terry Robson.

Pero Constance, ahora, lloraba precisamente la muerte de Terry.

—¡Nunca encontraré otro como él! —suspirió. Añadiendo—: Aunque eso me preocupa muy poco. Eran muchos los que se preguntaban cómo yo, con mi cara y mi palmito, vivía con él. Nadie llegó a conocerle bien, Harrison. Ni tú, que te criaste con él en el Bronx neoyorkino. A Terry no había que mirarle su cara pecosa, si no su alma extraordinariamente bella. ¡Era un tipo fenomenal! ¡Me ha hundido, H. H.! ¡Lo juro!

—Lo sé, Constance, lo sé —asintió el hombre que estaba sentado al otro lado de la mesa por su parte interior. Y dijo—: Sabía que acabarías viniendo a verme para... Para lo que has venido. Recordarás que el día del entierro nada te dije al margen de mis condolencias. Loretta y yo hemos sentido con verdadero dolor la muerte de Terry.

—¡Pero yo me he quedado sin él!

—Y yo, sin mi mejor amigo. El único... Quizá tengas razón al decir que no llegué a conocerlo del todo. Pero no es menos cierto que desde que apenas levantábamos un palmo del suelo corrimos juntos muchas aventuras, vivimos días difíciles, jornadas de angustia y también momentos de gloria. Tiramos a la vez de más de un bolso que no era nuestro... Robamos alimentos de muchas tiendas mientras uno de los dos entretenía al propietario... «Limpiamos» alguna cartera en el metro... Y un día nos propusimos

abandonar todo aquello para lanzarnos a la lucha que nos permitiera ganar un puesto en la sociedad de la gente honrada. Vinimos a Los Ángeles sin un puto dólar en el bolsillo y... ¿Para qué seguir?

—Sé que erais como hermanos, Harrison. Pero...

—El vacío que tú sientes no se puede comparar. Entiendo...

Constance clavó sus enormes pupilas negras en el rostro de Harrison Hunter, familiarmente H. H., que con gran espíritu de sacrificio y enormes ansias de superación, había logrado introducirse en la élite de los *private eyes* de la ciudad.

Dijo después:

—Como tú decías hace un momento, he acabado viniendo. Y mira que me lo he pensado detenidamente... Hace un mes de su muerte y... Ayer decidí hablarte profesionalmente de la cuestión. No se trata de un sentimiento de venganza. Pero quiero saber quién y por qué le hizo esa monstruosidad a Terry.

—Yo también quiero saberlo. Pero si no me lo pidieras, me mantendría quieto. He querido ser respetuoso con tu dolor y dejar que fueses tú quién decidiera. Yo también me pregunto el porqué, Constance. Resulta absurdo admitir que alguien pudiera hacerle eso.

—¿Estás al corriente de lo de la fotografía?

—Bueno... —El detective se mordió el labio inferior—. Sé que apareció junto al baño con la cara de Terry tachada con una «X» roja. El teniente Robards, al que me une cierta amistad, me comentó algo al respecto. Pero no recuerdo el qué.

—Yo puedo aclarártelo, H. H.

Él dijo:

—Te escucho.

Constance refirió con todo detalle —como Terry lo hiciera en su día— los hechos sucedidos en octubre del año anterior en el transcurso de una cena ofrecida por los organizadores del «Primer Certamen del Argumento de Terror», a los medios de información llegados a Sacramento con motivo del festival.

Luego enmudeció, mirando al detective con mirada profunda. Inquisitiva.

Harrison Hunter, perdido en el interior de un largo silencio, daba la sensación de haberse extraviado en un pozo de confusiones y pensamientos que lo alejaban de la realidad haciéndole ignorar,

incluso, la presencia de la bella enlutada.

El detective era un hombre recio de sólida envergadura, bajo cuya indumentaria podían adivinarse fácilmente unos músculos de acero, tensos, bien engrasados a base de sesiones diarias de gimnasio y una dieta estricta y equilibrada.

Debía estar en los treinta aunque su apostura masculina le prestaba un aire juvenil y desenfadado. Su cabello, apretado en espesas ondas, era casi tan negro como el de Constance, pero contrastando con el gris claro de los ojos y el tono sonrosado de su piel. A una pulcritud exquisita en el vestir añadía el impecable rasurado de su barba que, bajo la epidermis, dejaba entrever un fuerte sombreado azul.

—No sé si debo pensarlo, pequeña —dijo al fin—. ¿Y tú? ¿Lo has pensado?

Ella, evitando mirarle de frente, afirmó:

—Sí. Aunque... Entre ellos siempre se habían llevado bien. Eran amigos más que compañeros. Se hacían favores a pesar de la competitividad comercial y profesional que los separaba. Terry, más de una vez, había asistido al estreno de una película pasándole luego informes a

O'Toole

o Linn-Baker, si ellos no habían podido acudir. Quizá el más esquivo y menos dado a ese tipo de triquiñuelas era Dustin Farentino. Pero por cuestión de carácter simplemente. Farentino es más estricto. Menos comunicativo. Introverso y taciturno también. Pero Terry tenía de él un concepto inmejorable.

—Es curioso... —musitó el detective, como si no hubiera prestado excesiva atención a las explicaciones de Constance—. «El Argumento». Un encapuchado que asesina brutalmente a sus compañeros creando un clímax de terror y desconcierto, para cobrar un millonario seguro de vida. Curioso y absurdo, sí. Tan absurdo como suponer que la historia pueda repetirse en la realidad.

—Yo no soy detective, pero... ¿Puede ser «El Argumento» un punto de partida?

Afirmó Harrison con la cabeza, meditativa la expresión.

—Sí. Aunque me resisto a creerlo... Pero como por algún hilo hay que tirar del ovillo, veremos si ese cabo está conectado a la realidad. Sin embargo, el hecho de que la fotografía fuese idea del

propio Terry, desvirtúa un tanto la hipótesis.

—Quizá no hizo otra cosa que estimular la idea nacida en algún subconsciente después de presenciar la proyección.

—Es una teoría que no debe descartarse en principio. Mañana mismo comenzaré a investigar, Constance. Te mantendré puntualmente informada.

—Sé, H. H. —apuntó ella con timidez, como si lo que iba a decir la hiciera sentirse extrañamente incómoda—, que tu tiempo vale dinero. Yo...

El detective se alzó de su asiento, interrumpiéndola:

—Te agradecería, Constance, que eso, ni lo mencionases.

Ella siguió:

—Bueno, verás...

—Te acompañaré hasta la puerta, pequeña —la invitó a ausentarse para, así, interrumpir la conversación en aquel punto.

Ya en el rellano de la planta del edificio de apartamentos donde se ubicaba la oficina del detective, éste, con una leve sonrisa de ánimo y cariño, sugirió a la mujer:

—¿Por qué no te vienes un día de éstos a comer con nosotros, eh? Loretta estará muy contenta de verte otra vez.

Constance Keller emitió un profundo y prolongado suspiro.

Respondió:

—Me temo que ahora no soy una compañía excesivamente agradable, ni la más apropiada para compartir una sobremesa.

Él dijo:

—No pretendemos que la amenices con un *show*, sino que te sientas entre amigos, al lado de gente que te comprende y comparte tu dolor.

—Gracias —se empinó sobre la puntera de los zapatos para besar al hombre en ambas mejillas—. Más adelante quizá... Adiós, Harrison.

El detective pulsó el botón de llamada del ascensor.

—Adiós. Y cuídate mucho.

—Lo haré.

Harrison Hunter, luego de que el ascensor hubiera caído por el «precipicio» que había de llevarlo hasta la planta del vestíbulo, permaneció por espacio de unos segundos, clavado en mitad del rellano, silenciosamente pensativo.

Luego, al cobrar conciencia de que estaba solo, regresó a su despacho.

Exactamente una semana después de la conversación habida entre Hunter y Constance Keller en el domicilio profesional del primero, los rotativos de mayor tirada de Los Ángeles enmarcaban con grandes titulares, en primera página, la siguiente noticia:

¡¡HORROROSA MUTILACIÓN
EN LONG BEACH!!

HARRISON HUNTER, DETECTIVE DE PROFESIÓN,
FUE BRUTALMENTE ASESINADO

«La pasada madrugada, miembros de la dotación de una lancha patrullera descubrieron en una de las playas de Long Beach el cuerpo de un hombre que al parecer había sido destrozado a hachazos, descuartizado, con los restos de sus miembros, cabeza, y el tronco dividido en dos mitades, flotando encima del charco que formaba su propia sangre.

»La documentación hallada entre los despojos del cadáver permitieron establecer su identidad, sabiendo que se trataba de un detective llamado Harrison Hunter, el cual, según han podido saber fuentes de nuestra redacción, gozaba de cierto prestigio entre los profesionales de su ramo.

»Cuando la esposa, Loretta Hunter, fue requerida por la policía para que procediera a identificarlo, sufrió un ataque de nervios y hubo de ser internada temporalmente en un establecimiento psiquiátrico, a causa del *shock* que le había producido enfrentarse a los despojos en que el sádico asesino había convertido el cuerpo de su marido.

»En principio no existe la menor pista que permita establecer el móvil del monstruoso crimen y mucho menos la identidad del homicida. Jobeth Robards, teniente del Grupo de Homicidios del Escuadrón Metropolitano de Los Ángeles y amigo personal de la víctima, no descarta la posibilidad de que pueda tratarse de una venganza por parte de alguien a quién Harrison hubiera puesto en manos de la justicia, o bien que el atroz asesinato haya sido realizado para evitar que el detective pudiera progresar en alguna investigación que actualmente estuviese llevando a cabo.

»Lo cierto es, que el más absoluto de los misterios rodea el brutal crimen perpetrado en la persona del detective Hunter. Es de esperar que en nuestra próxima edición podamos ampliarles...».

Ninguno de los periódicos de la ciudad, ni el mismo «Los Ángeles Sun», establecía la menor relación entre la muerte de Harrison Hunter y la del crítico de cine de aquel rotativo, Terry Robson, acaecida unas semanas atrás.

Cuando Lee Linn-Baker estacionó su Ford en el descampado que se abría frente a la entrada principal de lo que en otros tiempos fueran los estudios de la «Bay Films Productions», en Burbank City, se dijo que estaba rematadamente loco.

Aqué! era el sitio ideal para que lo asesinaran, desde luego.

Mientras se levantaba el camal derecho del pantalón para comprobar que su revólver del «38», metido, en una funda sujeta al tobillo por una correa de cuero, tenía el cilindro repleto de proyectiles haciéndolo girar en la palma de la mano, trató de serenarse.

De no pensar.

En Terry Robson por ejemplo. El compañero y amigo asesinado en la bañera de su casa hacía apenas un mes. Destrozado, rabiosamente mutilado. Con la foto que se hicieran en Sacramento flotando encima de la sangre, en la que el asesino había tachado en rojo la cara del crítico cinematográfico, dejándola como su siniestra tarjeta de visita.

«El Argumento»...

Él, como le sucediera a Bryan Brooking en la película, había recibido una misteriosa llamada telefónica.

»—Acuda a los estudios de la “Bay Films Productions” a las doce de esta noche si de veras desea saber por qué *asesiné* a Robson...

»—¡Pero! ¿Quién es usted?

»—¿No creerá que voy a decírselo, verdad?

»—Entonces...

»—Morirá si no acude, Linn-Baker. No es una advertencia, es una amenaza. Pero le doy la oportunidad de salvar su vida, viniendo a cambiar impresiones conmigo. Si es usted lo razonable que supongo, podremos entendernos. A las doce, ¿eh?

Podía haber informado a la policía y de acuerdo con ella

tenderle una trampa al criminal, pero... Pero Linn-Baker, a quién muchos de sus amigos llamaban el «Weissmuller 80» por su extraordinario parecido físico con el inolvidable Tarzán, había rechazado la idea de inmediato.

De informar a Homicidios, lo estropearía todo. Porque el criminal, era obvio, no se dejaría ver, cumpliendo su mortal amenaza cuando menos lo esperase.

Caminando hacia la puerta de los antiguos estudios recordó también al detective asesinado pocos días atrás en una playa de Long Beach. Un crimen que tenía la impronta sangrienta, el sadismo, empleado por el ejecutor en la persona de su amigo Robson.

¿El mismo asesino?

Hunter no estaba relacionado con ellos. No aparecía en la foto. Si se razonaba el crimen perpetrado en Terry partiendo del guion de la película «El Argumento», no encajaba en absoluto la muerte del pesquisa por mucho que la ejecución se pareciera.

Inconcebible...

No se podía concebir, NO, que uno de los cuatro compañeros recogidos en la foto de David Bowie a instancias del siempre jocoso Robson, hubiese estructurado un montaje criminal como el del film. Pero... Bien pensado, si se perseveraba en aquella sospecha, no eran cuatro, *sino dos*. Terry estaba muerto. Él había sido citado aquella noche por el asesino. Asesino, sí porque había confesado haber matado al pelirrojo. Entonces...

Quedaban solo

O'Toole

y Farentino.

—¡Maldita sea mi estampa! —masculló furioso consigo mismo—. ¿Cómo me atrevo tan siquiera a pensarlo?

Empujó la puerta y el gemido de las bisagras enmohecidas, sin poder evitarlo, le sobresaltó haciendo que se detuviera en el umbral, un tanto encogido y sintiendo que el corazón se le disparaba arrítmicamente.

Huir... Huir de allí a la mayor velocidad que le permitieran sus remos, era lo que aconsejaba la más elemental prudencia. La lógica.

No... ¿Para qué? ¿Para vivir angustiado día tras día a la espera de que se presentase el sádico del hacha?

No...

Extrajo el revólver apretando fuertemente la culata del mismo en el interior de la palma diestra, lo cual le hizo sentirse más tranquilo.

Acabó de abrir la puerta de par en par.

Oscuridad y silencio.

El clásico olor rancio de los sitios abandonados le llegó a la pituitaria.

La «Bay Films Productions» había sido algo así como el sueño de una noche de ambiciones económicas. Una de las muchas productoras que nacían al amparo de los «*booms*» del momento creados por la propia industria del cine. Los socios que la hicieron realidad especulaban con explotar la buena acogida que en algunos sectores de público tenían las películas de terror.

A la corta, en el caso concreto de la «Bay», fracaso. Apenas duraron un año.

El eco de sus propias pisadas le apartó del descabro económico de los fundadores de aquella efímera productora. ¿Qué le importaba a él eso?

Apenas un *flash* luminoso procedente del exterior a través de la puerta abierta, acertaba a poner remedos lechosos, difusos, en las tinieblas reinantes en la enorme nave cuyos cristales, a causa de la grasa, el vapor, los humos y la suciedad, se negaban a filtrar cualquier trazo lumínico que tratase de llegar desde afuera.

—¡Eh! ¿Hay alguien aquí? Soy Lee Linn-Baker.

Como si quería ser Napoleón Bonaparte.

Nada.

Silencio total y absoluto.

Sólo el eco de su voz reverberando, rompiéndose contra las paredes para volver hasta él como un extraño y siniestro boomerang sonoro.

Durante un espacio de tiempo fugaz, infinitesimal, apenas existente... Linn-Baker tuvo la certeza de que un soplo cálido se estrellaba de lleno en su rostro.

Fue lo mismo que si se sintiera turbado y unas manchas de rubor hubiesen asomado a sus mejillas, caldeándolas.

Se maldijo una y mil veces en pensar en lo estúpido que había sido al no acudir allí provisto de una linterna. En el coche, ¡sí!,

tenía una.

Giró en seco sobre los talones con el pensamiento puesto en regresar junto al vehículo para hacerse con la lámpara de bolsillo, pero entonces...

La puerta se cerró con sigilo. Apenas produciendo un tímido susurro. Un leve, suave chasquido.

Adueniéndose la oscuridad, por completo, del interior de la nave.

Lee Linn-Baker sintió frío hasta en las entrañas.

Con mano temblorosa buscó en el bolsillo la caja de fósforos que normalmente solía llevar. Con la cerilla entre los dedos se dispuso a rascarla cuando... volvió a experimentar la inquietante sensación de calor.

Esta vez, creyó identificarla de otro modo. De acuerdo con la realidad que la motivaba.

Había sido o era... *era igual que si alguien estuviese respirando encima de su faz.*

Apretando con mayor fuerza la culata del «38», prendió el fósforo.

El panorama que se ofreció frente a sus ojos al tímido arrullo de la oscilante llamita fue, sencillamente, estremecedor.

Obtuvo visiones fugaces, fantasmagóricas, de un decorado que en su día había pretendido reproducir un cementerio y...

—Linn-Baker —dijo una voz a su espalda.

Se revolvió, con la cerilla quemando la yema de sus dedos.

¡Crack!

Un puño cubierto de espinos que nacía en las tinieblas se precipitó contra su cara rasgando la epidermis, triturándola con brutalidad.

—¡Aaaaaaaaaaaaaag!

Un golpe seco propinado contra la muñeca armada le hizo abrir la mano y el revólver escapó de ella tintineando con eco funeral al contactar con el cemento.

Un segundo puñetazo y un tercero destrozaron su rostro convirtiéndolo en una pulpa sanguinolenta, segundos antes de que en la oscuridad el filo acerado de un hacha entrase en acción, para completar la obra iniciada por el guante de salientes metálicos.

La carnicería fue consumándose metódica, bestialmente, al arrullo de los jadeos enloquecidos del asesino y del gorgoteo

infrahumano de la víctima, ahogada, anegada en su propia sangre.

Las tinieblas no permitieron captar el hecho, pero instantes después de que el cuerpo del periodista quedase triturado, una foto navegó encima del océano rojo. Con una «X» en rojo cruzando, en aquélla, la faz sonriente de Linn-Baker.

6

Harriet Powers iba montada en unas botas altas de ante, negras, con largo y puntiagudo tacón.

Harriet Powers estaba para ser montada a pelo, como las yeguas salvajes, indómitas, que lucían su ancestral belleza en las verdes llanuras y en las márgenes de rumorosos riachuelos; que se alzaban desafiantes y violentas sobre sus patas traseras para exhibir el majestuoso recorte de su estampa olímpica e incitaban al macho a poseerlas si es que era capaz de dominarlas antes, de someterlas.

Podrá parecer una comparación de talante machista, pero nada más lejos de la realidad. Comparar a Harriet con la yegua hermosa en agreste ostentación de su sensual libertad era, solo, un acto de justicia.

Las botas no hacían más que estrellar hacia arriba la de por sí elevada figura femenina, que rebasaba de largo el metro setenta y que se movía a través de unas piernas de orfebrería que el más afamado escultor no hubiera tenido inconveniente en firmar.

Piernas que permitían los giros rotativos de unas nalgas espléndidas, casi locuaces, que cumplían condena en el interior de un ajustado tejano de pana amarilla. Su cintura era un breve espasmo de ductilidad que permitía el cimbreo cadencioso de un cuerpo espectacular que alcanzaba el cénit explosivo de su agresividad en el trazo firme, tenuemente arqueado, que conformaba unos pechos prietos, duros, que recortaban su pujanza con crudeza excitante dentro de un menguado jersey blanco de cuello cisne.

Harriet no era una mujer guapa etimológicamente hablando, pero sus facciones gozaban de un estallido exótico, de una personalidad que fascinaba obligando a contemplarlas, a sentirse al punto cautivo de la atracción erótica que emanaba de ellas. Los ojos de tibia tonalidad *whisky* eran todo un poema de expresión y

fuerza, al igual que sus pómulos salientes donde el brillo aceitoso de su piel cobriza parecía acentuarse al máximo. La nariz chatunguera recordaba al pronto el estigma caribeño de las mujeres de aquellas tierras, lo mismo que su boca ancha de labios gruesos, escarlatas más que rojos, en cuyas grietas tenía vida todo el furor sexual que almacenaba aquella naturaleza ardiente y explosiva.

Negro el cabello, brillante, sedoso, que caía suelto por hombros y espalda, hasta casi besar la cintura.

Harriet Powers, que había caminado con rapidez y precioso contoneo por el largo malecón que hacía las veces de embarcadero en uno de los muelles de Redondo Beach, se detuvo frente al yate pintado de azul y blanco que según la placa rectangular clavada en la parte exterior de la popa decía llamarse «Desdémona».

La pasarela que conducía a bordo de la embarcación estaba cruzada por una cadena de hierro de la que colgaba un cartel conteniendo una de las muchas genialidades del propietario, escrita en su puño y letra, con el siguiente texto:

PATRÓN A BORDO HACIENDO AMOR Y
MARRANADAS CON TÍA MUY BUENA *STOP*
INTRUSOS ABSTENERSE *STOP* AMIGOS DE LO AJENO
ESPERAR OCASIÓN MÁS OPORTUNA *STOP*
SEÑORITAS ASPIRANTES A OCUPAR POSTURA ENTRE
CATRE Y PATRÓN ENVÍEN SOLICITUDES ESCRITAS
ADJUNTANDO FOTO RECIENTE EN TRAJE DE
NACIMIENTO *STOP* VAYAN A HACER PUÑETAS
¿VALE? *STOP*.

—¡Imbécil! —murmuró Harriet, enrojeciendo como una amapola. Para añadir, visiblemente indignada—: Es como si hubieses presentado que iba a venir, negro petulante. ¡Maldita sea tu estampa!

Apartando la cadena de marras subió a bordo, decidida.

Para dirigirse hacia la popa y empujar las compuertas de la escotilla que conducía a los camarotes —tres concretamente— de que constaba la embarcación. En el mamparo de estribor según se bajaba hacia el vientre de la nave se hallaba, a modo de cartel y advertencia, fijado en aquél, esta nueva genialidad del singular

marinero.

EL PATRÓN ES UN NEGRO MUY GRANDE Y GUAPO QUE TIENE IDEAS PROPIAS. NO ES RACISTA PERO LE CAEN MEJOR LAS BLANCAS QUE LOS BLANCOS. EL PATRÓN ES, ADEMÁS, DETECTIVE PRIVADO. EL QUE NO ESTÁ DE ACUERDO CON LA MANERA DE PENSAR DEL PATRÓN ESTÁ AQUÍ DE MÁS. SI EL CLIENTE NO COMPARTE LOS CRITERIOS DEL PATRÓN, ESTÁ DE MÁS A BORDO. EL PATRÓN SE PASA POR UN SITIO FEO AQUELLO DE QUE «EL QUE PAGA MANDA». EL PATRÓN ESTÁ HASTA LOS COJONES DE ENTERADILLOS DE LA VIDA QUE SE CREEN SABERLO TODO Y NO SON MÁS QUE UNOS DESGRACIADOS DE MIERDA. EL QUE LLEGA HASTA AQUÍ BUSCANDO LA AYUDA DEL PATRÓN SE AVENDRÁ A LAS NORMAS DE ÉL Y DIRÁ AMÉN A TODO LO QUE DIGA EL PATRÓN. QUEDA CLARO QUE A BORDO DE ESTA NAVE IMPERA LA MÁS ESTRICTA Y GENUINA DE LAS DEMOCRACIAS. LA MISMA QUE LOS BLANCOS LE HAN ENSEÑADO AL PATRÓN, QUIEN SE RESERVA EL DERECHO DE ADMISIÓN. SI ESTÁ DE ACUERDO, SIGA ADELANTE. WELCOME.

—El día que le dé a alguien por galardonar al «fantasma» del año —comentó entre dientes con despecho manifiesto la preciosa Harriet—, te llevarás la «sábana de oro» por mayoría abrumadora. ¡Pedante!

Siguió escalerilla abajo dirigiéndose hacia el camarote del patrón.

Para abrir la puerta con estrépito sin molestarse en anunciar su presencia golpeando discretamente, con los nudillos, sobre la madera.

La rubita estaba en lindos cueros luciendo al aire sus nalgas ardientes que aprisionaban unas enormes manazas de color mientras ella, obsesionada en taladrar el tórax selvático del negro con el fuego de sus pezones encendidos que restregaba con furia libidinosa, movía los labios sin el menor rubor sobre los puntos más íntimos de aquella musculosa anatomía.

—Sí soy inoportuna, me lo decís.

—¡Eh! —bufó el negro, troquelada su voz con recorte lujurioso

—. ¿Quién está ahí?

—El ángel exterminador que libera de impudicia las almas corrompidas como la tuya, negro.

—¡Harriet! —Y pegó un brinco en la litera que estuvo en un tris de mandar la rubia al suelo.

Se la quitó de encima cómo pudo tratando de alcanzar los calzoncillos que colgaban del somier de la litera de arriba.

—Tenías que haberme avisado de tú...

—¡Eh, Yvon! —gritó la otra, cabreada—. ¿Quién es esa tía?

—No es una tía, Jeanne —la corrigió—. Es toda una señorita. Periodista por más señas. ¿Cuándo aprenderás a ser una chica educada, eh? Salta a la vista que Harriet Powers es una señorita con clase... Vístete, Jeanne, y desaparece.

—¡Pero...! Si acabamos de empezar como quien dice.

—Terminaremos en verano que los días son largos y cálidos.

—¡Pero...! —siguió protestando la rubia rebelde ante la idea de quedarse sin satisfacer la perentoria necesidad que el cuerpo desnudo del negro había encendido dentro del de ella—. ¿Cómo te...?

Le dio un sonoro y doliente manotazo en su culito exagerado, ordenando:

—¡He dicho que largo, preciosa!

—Me las pagarás —amenazó, poniéndose las bragas precipitadamente.

Otro cachetazo en las nalgas, y:

—¿Quieres darte prisa, remolona? Cuando estás cachonda no hay quien te aparte del macho, ¿eh? ¡Anda, humo, humo! ¿No te percatas de que una auténtica señora requiere mis servicios? Profesionales... Servicios profesionales he querido decir.

—Deja de pretender humillarme con tus sarcasmos e impertinencias, Yvon —replicó la impresionante morena con brillante furia emergiendo de sus ambarinas pupilas—. ¿Te vas o no a librar de... ésa?

Jeanne se revolvió como una tigresa.

—¡Eh, tú, mona! ¿De qué te las das? Cuando una fulana viene al yate de este semental ya sabemos a qué, ¿eh? Así que no vayas de

virguito precintado porque...

—Si no me la quitas de delante le sacaré los ojos para hacerme con ellos...

—¡Vale, vale, tranquilas! —exclamó el negro, divertido y burlón, fingiendo poner paz entre ellas. Diciéndole a la rubia—: ¡Menea el culo y fuera!

—Espera que...

—Acaba de ponerte los sostenes por el camino, linda. Más de uno te lo agradecerá.

—Oye, negro —se encaró con él—. ¿Tú qué te has creído con...?

Yvon Chevalier la atrapó por un manojo de sus cabellos áureos y al tiempo que tiraba de ellos con violencia, desgranó, metiendo su cara encima de la de Jeanne:

—Cuidado, muchacha, cuidado. Yo, igual te como los pechos y te vuelvo loca, que te pego un «curro» que te cagas viva. ¿*Okay*?

Harriet fingió una contracción de estómago producida por una súbita náusea.

—¡Qué asco! Me voy fuera. Tengo ganas de vomitar.

Jeanne se largó. Fulminando con la mirada a Harriet cuando pasó por su lado procurando no rozarla. Dirigiéndole un mensaje elocuente que contenía algo más que un reproche.

—¿Te apetece una copa, princesa? —invitó él.

—¿Podemos pasar a tu despacho?

—Esto es más íntimo, querida. Más propio de un hombre y una mujer, ¿no crees?

Harriet quiso mirarlo con desprecio pero no lo consiguió. Y sintió una rabia enorme dentro de sí al comprender que, pese al tiempo transcurrido y a todas las composiciones de lugar, reflexiones y decisiones, hechas y tomadas en su momento, seguía enamorada de aquel maldito canalla.

Perdidamente enamorada, para ser más exactos.

Sabía también la exótica morena de gruesos labios escarlata que a poco que él se empeñara, ella acabaría ocupando la litera que Jeanne había dejado vacante.

—Eso se terminó, Yvon —dijo no obstante, haciendo un esfuerzo para que su tono de voz pareciese sincero.

—Mientes. Pero allá tú... ¿A qué has venido?

—¿No has dicho que me invitabas a una copa?

—*Okay. ¿Whisky?*

Asintió Harriet dedicándose a contemplar en silencio las evoluciones de aquel cuerpo de ébano en el que destacaba la mancha blanca del menudo calzoncillo cubriendo su virilidad, haciéndolo más excitante todavía... Con aquella espalda lustrosa y ancha, brillante como el betún, en la que creía ver reflejada la lujuria que Yvon despertaba en ella.

Las piernas del atleta eran músculo y fibra dando la sensación de estar talladas en acero.

Se volvió hacia la mujer tendiéndole un largo vaso medio lleno de licor.

—¡Salud, Harriet!

Se quedó prendida en el embrujo de aquellos ojos suaves y cálidos, de un negro diferente al de su piel. Después bajó la vista hasta los labios carnosos, exultantes de sensualidad, que recordaban el África lejana, primitiva, brutal. Y no pudo evitar que las pupilas alcanzasen aquella parte concreta donde se manifestaba toda la virilidad de aquel negro de película.

—¡Salud, Yvon!

Echaron un trago al coleteo.

Luego él, se alzó con agilidad para sentarse al filo de la litera.

—¿Y bien?

—Hace una semana asesinaron a mi cuñado Lee.

—Lo leí en los periódicos, sí. Lo siento mucho por Melody. ¿Qué tal se encuentra?

—Puedes imaginarlo —suspiró Harriet—. Destrozada. Muerta en vida... Lee Linn-Baker lo era todo para ella —hizo una pausa, añadiendo—: Antes que a él, asesinaron de manera parecida a otro compañero que estaba conmigo en «Los Ángeles Sun»: Terry Robson.

—Y entre ambos crímenes —terció el negro—, se produjo el de un colega mío, Harrison Hunter, en una playa de Long Beach. El *modus operandi* parece haber sido el mismo en los tres casos. *Okay. ¿Y qué?*

—He venido a contratarte.

Un rictus irónico apretó las sensuales facciones del negro.

—¿De veras? ¡Vivir para ver! ¿Estás enterada de que soy el detective más caro de la ciudad, princesa?

—¡Déjate de bobadas, Yvon! Esto es un asunto muy serio.

—Cobro quinientos diarios... —Una extraña sonrisa fluctuaba en los labios del detective—, y la cama. Pero en tu caso, haré una excepción, conformándome sólo con la cama.

Saltó de la litera aproximándose a ella. Luego, despacio, aferró los hombros de Harriet que se puso a temblar vivamente emocionada.

—No, pesquisa. Lo... lo nuestro acabó.

—¿A quién quieres engañar? —Y tras el interrogante la apretó contra él para besar furiosamente los labios femeninos. Después—: Tu boca sigue teniendo el sabor fresco de la fruta salvaje. Harriet... —Hundió sus ojos en las pupilas ámbar—, te deseo.

La hembra, evitando la ardiente mirada del negro, susurró:

—Es inútil, Yvon. No quiero volver a empezar.

Se encogió de hombros regresando a la litera.

—Como quieras.

Harriet Powers sintió entonces que el corazón, más que latir, galopaba dentro de su pecho. Oleadas de un extraño calor quemaban sus entrañas al tiempo que las sienes le pinchaban dolorosamente. La saliva se le había hecho muy espesa y un intenso temblor convulsivo se fue adueñando de ella hasta anular por completo su voluntad.

Dio un paso hacia él. Otro. Con las pupilas fijas en la oscura y penetrante mirada del detective.

Cruzó los brazos por encima de los pechos para coger las puntas del jersey tirando de él hacia arriba...

Yvon la ayudó a quitarse la prenda bajando al punto la cabeza para buscar con sus labios aquellos manantiales candentes sintiendo una dulce quemazón en el paladar comenzó a beber en ellos.

Harriet lanzó un gemido y dijo:

—¡Lo he deseado tanto!

Sin dejar el cuidado de aquellos volcanes pródigos que a cada segundo ardían más, Yvon, despacio, con extrema suavidad, desabrochó el botón del tejano haciendo bajar la cremallera. Ella agitó la cintura para que el vaquero cayese sobre el piso de madera y al notar los dedos del negro estirando el elástico de la braguita puso su boca en la de él sorbiendo el aliento masculino, dando su lengua con delirante frenesí, excitando y excitándose...

La sinfonía del amor comenzó con aquel preludio de jadeos y suspiros compartidos casi con violencia.

Harriet creyó enloquecer al sentirse totalmente poseída, al notarlo dentro de ella, gimiendo de éxtasis cuando aquel trote, pausado al principio, fue avivándose en *in crescendo* arrollador.

Seguían desnudos.

Tendidos en la litera. Silenciosos. Con Harriet boca abajo sobre el cuerpo aún ardiente de Yvon, ladeada la cabeza de forma que quedara encajada en el hombro izquierdo del detective y recostada contra la de él.

Relajados. Saboreando las postreras mieles del éxtasis. Un tanto agitadas, todavía, las respiraciones.

—Cuéntamelo... —susurró el hombre.

Sin embargo la hermosa parecía haber olvidado del verdadero motivo de su presencia a bordo del yate... ¿O acaso no era el más verdadero desear con toda su alma entregarse al negro? Sí... Por eso comenzó a besarle de nuevo. Fue, en realidad, un mismo beso que iba prolongando su ardor a lo largo y ancho de la hercúlea anatomía varonil.

La piel, el olor de aquella piel, sin que nada pudiera evitarlo, encendía a la periodista. La trastornaba. Obraba en su mente con el mismo poder de una droga, obnubilando su razón para hacer de ella una hembra ávida de sexo, un incontrolable mecanismo de lujuria que la impulsaba a proceder con apasionada irracionalidad.

Se dio cuenta de que explotaba con la misma debilidad que aquella rubia rijosa a la que había sorprendido al entrar en el camarote obsesionada en... Pero ni este lejano razonamiento pudo detenerla. Evitar que sus labios, golosos, prosiguieran la febril tarea iniciada.

Notó los dedos de Yvon hundidos entre sus cabellos, jugando con las hebras sedosas, acariciando su cabeza, apretándola suavemente... Luego sintió como propios los estremecimientos de él y la fatiga que le precipitaba a una respiración afanosa, excitada, jadeante.

Sobrevino el fin y Harriet cubrió de besos el génesis de su locura

pensando que ninguna fuerza humana hubiera sido capaz en aquel momento de arrancarla de allí.

—Yvon, Yvon... ¿Por qué me tienes tan loca?

Volvió a cubrir de besos aquel anhelo de piel suave que encerraba un fuego contagioso, subiendo de nuevo para ladearse y poner la cabeza recostada en el fornido hombro.

Él, la estrechó con cariño. Devolviéndole todo el amor que ella acababa de regalarle.

—Estoy contratado —sonrió tenuemente el detective, para mostrar la nivea blancura de sus dientes. Pidiendo—: ¿Quieres contármelo ahora?

—Sí... Claro. A eso he venido. Pero ha ocurrido que...

—Te escucho, princesa.

Se explicó, con voz entrecortada, por espacio de largos minutos.

Los labios del negro sellaron los femeninos cuando ella concluyó la narración. Y dijo luego:

—No comprendo como los de la prensa habéis sido tan... ¿*respetuosos* es la palabra? Porque la discreción no es precisamente la virtud que os distingue.

—Verás, los que estábamos al corriente de lo sucedido en Sacramento, de la fotografía en que Bowie reunió aquella noche a cuatro amigos que celebraban la clausura del «Primer Certamen del Argumento de Terror», hemos obrado con tacto exquisito. Establecer algún paralelismo entre el asesinato de Terry Robson, cuando se produjo, y la película «El Argumento», equivalía a acusar a uno cualquiera, o a los tres restantes compañeros que aparecían en el retrato. Como comprenderás, se trataba de un tema muy delicado.

—Tampoco leí en ningún periódico, tras la muerte de mi colega Hunter, alusión alguna referida a la metodología del criminal, comparándola con la empleada en el asesinato de Robson.

—Debió ser instintivo en todos nosotros resistirse a la evidencia. Era como si estuviésemos tácitamente de acuerdo en no decir nada que de una manera u otra pudiera aludir a los otros. Pero ahora, con el brutal asesinato de Lee, las cosas han cambiado.

—¿Porque era el marido de tu hermana? —apuntó, caustico, el negro.

—Bueno... La caridad bien entendida empieza por uno mismo,

sí.

—¿Sospechas de

O'Toole

y Farentino?

—No sé...

—¿Los conoces personalmente?

—Sí —afirmó ella, deslizado sus labios por la mejilla de ébano

—. Por supuesto.

—A lo peor se trata de Robson, que al igual que Shilton en la película, ha fingido su muerte para... O de tu cuñado, ¿no? ¿Tiene Melody que cobrar algún seguro de vida?

Harriet, apoyando las palmas de ambas manos en el torso varonil, se irguió en gimnástico movimiento para mirarle con ojos dolidos, bisbiseando:

—¿Ha... Hablas en serio, Yvon?

—Hablo como un investigador. ¿Existe o no ese seguro de vida?

—Sí —admitió con gesto un tanto hostil. Añadiendo—: Y te diré el importe antes de que lo preguntes: un millón doscientos cincuenta mil.

—Bonita cifra —murmuró Chevalier, entrecerrando los párpados—. Suficiente para hacer peligrar la honestidad del más honrado. Si partimos de la hipótesis de que esas fotografías junto a los cadáveres destrozados de Robson y Linn-Baker conducen con cierta lógica a relacionar ambos crímenes con el guion cinematográfico de «El Argumento». Lo cual, déjame que te lo diga, me parece bastante pueril. Demasiado sencillo. Porque cuantos participamos de esta teoría en función de lo sucedido en Sacramento, podemos abocar en fáciles conclusiones. Un informe puesto en manos de la policía llevaría, posiblemente, a la exhumación de los cadáveres de Lee y Terry, para que se procediera a una nueva y exhaustiva autopsia que determinase fehacientemente si los cuerpos correspondían de veras a los titulares del certificado de defunción. De ser así, bastaría con someter a Mark

O'Toole

y Dustin Farentino a estricta vigilancia hasta que uno de los dos, el presunto asesino, cometiese un error que lo delatara.

—¡Es asombrosa la sencillez con que construyes hipótesis...

—Argumentos, nena. Argumentos...

—... y te quedas tan tranquilo! ¿Dónde encaja tu compañero Harrison Hunter?

—Me juego la mano derecha y no la pierdo, a que estaba investigando la muerte de Robson. Si es así, encajaría lógicamente en la mecánica del criminal, haberlo eliminado para evitar que prosperase en sus pesquisas. Aunque a mi entender, el hecho de que empleara en Harrison igual técnica homicida, sádica, que en los periodistas, ha sido un error.

—¿Por qué?

—Porque vincula *ipso facto* los tres asesinatos.

—¿Se te ocurre algo más, al margen de tus fantásticas hipótesis?

Yvon Chevalier buscó los labios de Harriet para obsequiarlos con un profundo y encendido beso.

—Sí —afirmó después. Interrogando—: ¿Sabes si está en cartel «El Argumento»?

—Pues... —Se mordió el labio inferior, meditativa—. Creo que sí.

—¿Por qué no coges el teléfono y lo averiguas, mientras me visto?

—Lo que digas, negro —y le devolvió el beso de antes.

Cuando salieron del cine, anocheecía.

Yvon preguntó:

—¿Te acompaño al periódico?

—Si quieres... ¿No piensas hacerme ningún comentario de la película?

El negro, una vez más, lució su blanca dentadura en franca sonrisa.

—¡Vaya! ¿Me has leído el pensamiento? Porque iba a preguntarte lo mismo.

—Te conozco muy bien, pesquisa —musitó ella con abierta sonrisa también, colgándose alegremente del brazo de Chevalier—. No ha sido esta tarde la primera vez que me acostaba contigo, ¿entiendes? Intuyo que algo te baila por la cabeza.

Caminaban Lakewood Street arriba en dirección a Rosemead Boulevard ya que en la confluencia de ésta con Telegraph Road se erguía el edificio correspondiente a la redacción y administración de «Los Ángeles Sun».

Eran muchos los que disimulada o abiertamente se volvían para mirar al negro. Y no por su color, del que los blancos ya pasaban demasiado, sino porque Yvon Chevalier, vestido de calle, era todo un espectáculo. Su americana a cuadros en color crema evocaba los espectáculos musicales de los felices 30 y su pantalón azul fuerte ceñido al muslo para ensancharse sobre la pierna acabando en la llamada pata de elefante resultaba, ahora, todo un anacronismo. Si se le añadía el sombrero de paja de ala redonda y copa baja, con ancha cinta negra, sólo cabía preguntarse si la compañera del atlético negro se llamaba Jeanette McDonald[1].

Yvon, por otra parte, había presumido siempre ante los más íntimos de que Rowena, su abuela, que era sastra de la «Metro» allá por los dorados 20, tuvo un romance sentimental con Maurice

Chevalier cuando éste fue contratado por la productora americana para rodar «El desfile del amor». Y de ese romance había nacido, Bernard, su padre.

Harriet nunca tomó en serio aquella historia hasta que un día Yvon en uno de aquellos arrebatos de sinceridad que los hombres tenían a veces, tras el orgasmo, le dijo:

—*Te juro que es verdad, linda. Por mis venas corre sangre de Maurice Chevalier. Él acabó por reconocer notarialmente su paternidad sobre Bernard. Y Bernard no tuvo necesidad de reconocermelo porque estuvo casado con mi madre hasta el mismo día de morir.*

Cuando alguna dama joven, o menos joven, se le quedaba mirando descaradamente, Yvon, con la mejor de sus sonrisas, se llevaba los dedos índice y anular de la diestra, juntos, hasta el ala de su *canotier*, haciendo a la par una leve inclinación.

—¡Mira que llegas a ser payaso! —exclamó la exuberante morena. Insistiendo—: ¿Recuerdas haberme oído decir que creía que algo te está bailando por la cabeza?

—La danza es mi locura, princesa. Me corre por las venas lo mismo que la sangre de Maurice.

—¡Buf!

Se inclinó, besándola en la boca en mitad de la calle.

Muchas mujeres envidiaron en aquel momento, de verdad, a Harriet Powers.

—La película no me ha despejado ninguna incógnita —dijo luego. Añadiendo—: Estamos en las mismas. Cabe la posibilidad de que uno de los cuatro que aparecen en la foto de Sacramento esté remedando el guion del siniestro film. Como también se debe considerar el hecho de que esta vez se trate, realmente, de una venganza de alguien contra esos periodistas.

—¡Lee no tenía enemigos! —protestó Harriet. Matizando—: A esos niveles quiero decir. Enemigos siempre se tienen en nuestra profesión, pero...

—Cuando te deje en el periódico averiguaré en que caso se ocupaba mi colega Hunter cuando se produjo su asesinato.

—¿Me vendrás a recoger? Saldré sobre la una y media.

—No te lo aseguro, princesa. Porque quiero, también, tener un cambio de impresiones con Jobeth Robards, de Homicidios.

Un par de minutos después se despedían, con un beso de película sonora, en la puerta del «Los Ángeles Sun».

Luego de abrir la puerta y escrutar con recelo la cara negra que tenía delante de sus ojos, las facciones de la mujer se aunaron en una expresión que bien podía estar entre la sorpresa y el desconcierto.

—¿Quién es usted? ¿Qué desea?

—¿No me recuerdas, Loretta?

Ahora, se puso a la defensiva.

—¿Por qué tenía que recordarte?

Yvon la obsequió con una sonrisa cordial tratando de infundirle confianza.

Le explicó:

—Nos presentó tu marido, hace aproximadamente un año, en la cena que ofreció a los investigadores privados de la ciudad la «Detective Assurance Financiera C^o».

—¡Ah! —Se llevó una mano a la frente—. Tú... Tú eres Chevalier, ¿verdad?

—El mismo. Estuve en el entierro de Harrison. Me faltaron ánimos para darte el pésame, lo confieso.

Loretta Hunter se hizo a un lado.

—Pasa, por favor. Y perdona que haya sido tan descortés. Pero desde que él... ¡Oh! —Un sollozo ahogó sus palabras.

Por el largo y espacioso corredor ella le precedió hasta el *living*, señalando una de las butacas del tresillo. En el sofá se veía una maleta abierta a medio hacer.

—Me has encontrado por casualidad —explicó la mujer en cuyo rostro demacrado, de belleza serena, un tanto apagada ahora, se adivinaban las huellas de un profundo abatimiento. Añadiendo—: Ayer decidí finalmente aceptar las reiteradas invitaciones de mi madre. Me siento muy sola. Ella también lo está y... Aunque yo, en principio, me resistía a abandonar mis recuerdos. A veces tengo la

sensación de que él, Harrison, está en algún lugar de la casa. Junto a mí...

Se derrumbó en la otra butaca, a la izquierda de donde se había sentado Yvon.

Éste dijo:

—Me temo que he venido a abrir una herida muy reciente. Te ruego me disculpes.

—No, no, al contrario —trató de sonreír ella—. Ocurre que estoy muy nerviosa, ¿sabes? Mamá reside en Maracaibo, Venezuela, y el irme allí se me antoja como una traición a Harrison. Él vino a esta ciudad en busca de una nueva vida, de su propia identidad, consiguiéndolo a cambio de muchos sacrificios y esfuerzos. Marcharme, es como si lo abandonase. ¡No sé, no sé! Seguro que te estoy pareciendo una estúpida, pero...

—Entiendo tus dudas y sentimientos, Loretta —la consoló el negro. Afirmando—: Y creo que irte a vivir con tu madre es una decisión muy acertada.

Loretta fijó sus grandes ojos oscuros en la cara del detective.

—¿Qué te ha traído aquí?

—Bueno... —Se mordió el labio—. Sé que lo mío no va a ser un prodigio de delicadeza, pero... ¿En qué estaba trabajando Harrison cuando fue asesinado, lo sabes?

Movió la cabeza afirmativamente, y dijo:

—Sí. Constance Keller le pidió que hiciese averiguaciones sobre el asesinato de su marido... Bueno, no estaban casados, pero llevaban mucho tiempo viviendo juntos.

—¿Terry Robson?

—Sí. Harrison y él se criaron juntos en un barrio de Nueva York, el Bronx. Y juntos decidieron un día venir a Los Ángeles. H. H., al principio, estuvo tentado de iniciar una investigación por su cuenta, pero no se decidió. La intervención de Constance le hizo cambiar de opinión. Ambas parejas nos queríamos mucho y...

—Comprendo. Verás, Loretta, te ruego que me disculpes si inicio en un punto delicado y doloroso para ti, pero...

—¿Olvidas acaso que mi marido era también detective?

—No, claro.

—Pregunta entonces.

—¿Sabes si había hecho algún progreso importante en sus

investigaciones con relación al asesinato de Terry Robson?

Loretta agachó la cabeza como si quisiera ocultar a ojos de Chevalier su expresión de dolor, sus íntimas emociones.

—Lo único que sé —respondió con un frágil hilo de voz— es que, aquella noche de tragedia, Harrison me telefoneó alrededor de las diez diciéndome que no le esperase, que me acostara, porque seguramente regresaría tarde. Le pregunté la razón. Su respuesta fue lacónica pero expresiva; puedo repetírtela textualmente: *Estoy en el buen camino, Loretta. A un paso de dar con el asesino de Terry.* Esas palabras no podré olvidarlas mientras viva... —Ahora sí, ahora explotó en un llanto agudo, convulsivo, que la hizo estremecer al ritmo de sus sollozos—. ¡Fueron las últimas que le oí pronunciar!

Yvon se alzó de la butaca para ir junto a Loretta, tropezando contra una de las aristas de la abierta maleta cuya superficie sobresalía del sofá. Ahogando una maldición empujó la valija hacia adentro, con el muslo, bajando su tapa al mismo tiempo.

Ya al lado de la mujer le acarició los cabellos dulcemente.

—Tranquila, criatura, tranquila. Ya sé que he sido un estúpido inoportuno...

—No, no... —gimió ella—. Me ha hecho bien que vinieras. Me gusta hablar de él. Lo que ocurre es que a la más mínima, ¡ya ves!

Besó, suave, la morena cabecita.

—¿Más tranquila?

—Sí... —Hipó, secándose el llanto con un pañuelo de encaje que había sacado de su pródigo escote.

—Tengo que marcharme, Loretta. ¿Necesitas algo?

Más serena ya, respondió con un amago de sonrisa:

—No, gracias.

—Bien... —Yvon la tomó por los hombros con exquisita suavidad y la atrajo para besar primero su frente y después, en algo que apenas fue un roce, ambas mejillas—. Te deseo mucha suerte. Una vez al lado de tu madre tienes que buscar el olvido. Ya sé que es muy duro decirlo, pequeña: pero la vida sigue.

Loretta Hunter se empinó sobre la puntera de los zapatos para poner sus labios en los del negro.

—Gracias, Yvon. Te acompaño hasta la puerta.

Se quitó el *canotier* en el momento de adentrarse en el vestíbulo del Precinto policial.

—Oye, negro...

Yvon detuvo el avance al tiempo queladeaba la cabeza. Luego, dio dos pasos hacia la derecha para situarse delante del agente uniformado.

Con un ademán casi escrupuloso tomó el cuello de la camisa del policía entre los dedos pulgar e índice de la diestra tirando de aquél hacia sí, al tiempo que murmuraba con una fría sonrisa en los labios:

—Polizonte de mierda, basura... Como vuelva a oírte pronunciar la palabra *negro* con énfasis peyorativo, te retorceré los huevos hasta que cantes misa en latín. ¿Coges la onda? —Y le pegó un nuevo tirón al cuello de la camisa obligando al agente a bajar la testuz.

—No... No he pretendido ofenderte.

—Tienes suerte de que así lo he interpretado, muchacho. Ahora, con tu permiso, voy a platicar con el teniente Robards.

Jobeth Robards, de Homicidios, asomaba con precipitación de su despacho y fue a estrellarse casi en el fornido tórax del pesquisa.

—¡Eh, Chevalier! ¿Cómo tú por aquí?

—Pasaba por delante y he visto luz, así que me he dicho...

—Pues me has pillado por los pelos, ¿sabes?

—¡Vaya! —exclamó Yvon luciendo una vez más su blanquísima sonrisa—. Está visto que hoy excito los ánimos viajeros de mis visitados. Vengo de ver a Loretta y...

—¿Loretta Hunter? —Arqueó las cejas el teniente. Respondiendo con otro interrogante antes de que Chevalier tuviese opción a contestar—: ¿Quiere eso decir que andas metido en el asunto de los cadáveres descuartizados?

—Quiere... ¿Has visto la película «El Argumento», Jobeth?

—Sí —cabeceó afirmativo. Explicando—: A instancias de la compañera de Robson, Constance Keller, que con anterioridad y durante el interrogatorio me explicó lo sucedido en un hotel de Sacramento tras la cena con que los organizadores del «Primer Certamen del Argumento de Terror», obsequiaron a los representantes de la prensa.

—¿Y...?

El policía se encogió de hombros.

—Nada. Al menos a mí, no me aclaró nada. ¿Y tú? Porque supongo que también la has visto, ¿no?

—Nada. Estamos empatados.

—¿Quién te ha metido en esto, Chevalier?

—La cuñada de Lee Linn-Baker —respondió el detective sin rodeos.

Una sonrisa de pícara complicidad iluminó las facciones un tanto duras y rígidas del teniente. Exclamando:

—¡Ah, ya! La explosiva *miss* Harriet. Todo un volcán de pasión y sexo.

—Cierra el pico, teniente. Como la mayoría de los polis hablas poco y mal. ¿Cómo van tus investigaciones?

Jobeth cogió al negro por el brazo arrastrándolo con suavidad hacia el vestíbulo.

—Acompáñame... —Y mientras caminaban, musitó con aire contrito—: No se lo digas a nadie, pero estoy como al principio. Sólo que ahora, en vez de uno, tengo tres cadáveres mutilados.

—Tú eras culo y mierda con H. H., ¿no? —Vio el cabezazo de asentimiento del otro, añadiendo—: ¿Te dijo él si había realizado algún progreso?

—Nones.

—Pero le asesinaron por esa razón.

—Salta a la vista, Chevalier.

—Quedan dos con vida de los que aparecen en la foto: Mark O'Toole

y Dustin Farentino. ¿Qué me dices de ellos?

—Que los tengo sometidos a discreta vigilancia. ¿Se te ocurre algo mejor?

Yvon Chevalier se encogió de hombros.

—No por el momento. ¿Hacemos un trato, poli?

Jobeth Robards soltó una seca carcajada.

—¡Sí, hombre! Yo te digo cualquier descubrimiento que haga y tú te guardas los tuyos para ti. ¿Te acuerdas de la putada que me hiciste en el caso Alberston?

—¡Joder, teniente! ¿Vas a estar toda la vida guardándome rencor por aquello? —Había una falsa súplica en la mirada casi inocente del detective.

—*Okay*. Pero si vuelves a jugármela...

—Tienes mi palabra de que no. ¿Trato?

Ya estaban en mitad del amplio vestíbulo.

Robards miró al detective con las cejas arqueadas y un rictus de desconfianza apretando sus facciones. No obstante dijo:

—Trato.

Se estrecharon las manos, fuertemente, reanudando el camino hacia la calle.

Al agente uniformado que tuviera sus más y sus menos con el negro, a la llegada de éste, le sentó como una patada en el sitio que Chevalier había prometido retorcerle, el apretujón de diestras que acababan de protagonizar su superior y el detective.

Yvon, encajando el *canotier* en su redonda cabeza de azabache maraña ensortijada, se revolvió para dedicarle al policía una sonrisa más que burlona.

—Negro asqueroso —masticó entre dientes el otro—. Negro... Bastante pena tienes con que te hayan pintado así.

Aunque en el fondo de su blanco corazoncito sentía una profunda envidia hacia el de color.

»¿Os imagináis que entre nosotros haya uno que esté cavilando ya en cobrar de pie el seguro de vida? Tendría que asesinar a los demás. Morbosamente. Sangrientamente...».

Mark

O'Toole

recordaba las palabras que dijera en el «Mountains Hotel» de Sacramento, después de que el *reporter* gráfico del «Tribune Prisco», David Bowie, les hiciera la fotografía a instancias del extrovertido Robson... Las recordaba con igual fidelidad que si acabase de pronunciarlas un minuto antes.

Ahora, en la soledad de la estación de autobuses, que se le antojaba un desierto de ladrillo y cemento tan inhóspito y árido como pudiera serlo uno de arena y matojos, las recordaba.

Una por una...

Lo había decidido aquella noche. De pronto, cediendo al pánico cervical que desde el asesinato de Lee Linn-Baker le tenía acorralado contra las cuerdas del horror, había decidido marcharse de la ciudad. Lejos de aquel maldito sádico, de aquel loco sanguinario que se había propuesto exterminarles a los cuatro.

Jessica aún no debería haberse repuesto de la sorpresa al oírle decir por teléfono:

»—Me voy de Los Ángeles durante una temporada...

»—¡Pero, Mark! ¿Qué estás diciendo? ¿Por qué? ¿Adónde?

»—No lo sé todavía. A un lugar donde nadie me conozca. Donde pueda pasar desapercibido. Ya te llamaré más adelante para...

»—¡Mark! ¿Es que te has vuelto loco?

»—Seguramente, sí. De miedo...

»—¡Mark, Mark, por Dios! ¿Qué les voy a decir a los niños?

»—Lo que quieras. Cualquier cosa. Que el periódico me ha

enviado a cubrir una información muy lejos de Los Ángeles y que estaré fuera durante algún tiempo.

La exclamación de Jessica

O'Toole

había sido, ahora, patética:

»—¡MARK, TE LO PIDO POR ELLOS! Vuelve... O dime dónde estás y vendremos a buscarte. Por favor, Mark. Te lo suplico. Mark...

»—Adiós, Jessica. Cuida mucho de los niños.

»—¡MARK!

Acto seguido había colgado.

Los niños...

¿Qué dirían cuando tuviesen suficiente uso de razón para entender que su padre no era más que un cobarde repugnante?

Siempre lo había sido. Mark

O'Toole

era consciente de no haberse distinguido jamás por su valentía. Ni a nivel personal ni a nivel profesional.

Sus dedos sudorosos estaban arrugando el billete que acababa de comprar apenas hacía cinco minutos. A Phoenix, la capital de Arizona. Una vez allí pensaría en algo. Reflexionaría...

Los niños...

—¡Maldita sea! —masculló.

Dándose cuenta de que sus dedos húmedos estaban a punto de deshacer el boleto, lo estiró cuidadosamente guardándolo después en el bolsillo.

Dio un temeroso vistazo en torno a sí, sorprendiéndole lo solitario del vestíbulo de la terminal de autobuses. Cinco personas, seis a lo sumo, esperaban, repartidas entre las butacas de plástico, dormitando algunas de ellas, que por los servicios de megáfono se avisara sobre la salida del bus que aguardaban.

Claro que, las once de la noche, no era precisamente la hora más idónea para viajar. Quienes emprendían trayecto en aquel momento, era lógico que lo hiciesen forzados por una circunstancia anormal. Por su súbita urgencia.

El miedo, por ejemplo. El horror...

Mark sintió, de pronto, un fuerte dolor de vientre. Una encadenada sucesión de retortijones que pusieron a prueba la

elasticidad de su duodeno, píloro y yeyuno, le obligaron a dirigirse con paso presuroso hacia la puerta situada al sur de la terminal y en su parte izquierda, donde una placa de plástico blanco lucía en negro la figura de un hombre fumando en pipa, indicando que en el interior estaban los servicios *for men*.

Cruzó velozmente el corredor sintiendo cierto alivio al comprobar que los urinarios de pared estaban desiertos. Dirigiéndose a una de las puertas alineadas en la derecha, la abrió, para precipitarse casi encima de la taza luego de haber corrido el pestillo.

Cuando se hubo producido la primera parte de una evacuación tan estrepitosa por lo sonoro como dolorosa causa del meteorismo que la precediera, Mark

O'Toole,

el rubio, delgado y bajito crítico cinematográfico del «Long Beach Herald», se sintió más humillado y ridículo que nunca.

¡Había que ver lo traidor que era el pensamiento! ¡De la de cosas absurdas que era capaz de acusarle a uno mismo!

Porque Mark

O'Toole

en aquel momento, se sentía más humillado, ridículo y poca cosa que nunca, porque no podía sustraerse al pensamiento acusador, burlón incluso, de que aquella fulminante descomposición de vientre no tenía más razón de ser que la propia cobardía, el pánico que en los últimos momentos se había ido agigantando dentro de él convirtiéndole en un individuo sin voluntad; en un pelele que no pensaba otra cosa que no fuese huir, huir, HUIR... Alejarse de Los Ángeles lo antes y lo más lejos posible.

¿De veras la solución era huir? No, no... Porque aquel terror ancestral viajaría con él donde quiera que fuese.

Alzó la diestra para tirar de la cadena pero el brazo se inmovilizó en el aire, como parte de una estatua marmórea, cuando la puerta del inodoro se vino abajo, se dividió en dos, a causa del tajo certero, brutal, impresionante, que alguien desde afuera acababa de producirle con un hacha.

HACHA...

SÍ: HACHA. Porque aquellos ojos dilatados a fuerza de caberles el horror y que de tan azules parecían no existir, que daban la

sensación de haberse perdido en el interior de su propia transparencia, contemplaban con asombro sin límites, con estupefacción, con el mensaje atónito que cursaba su propio pánico, aquel filo gigantesco, demoníaco, que durante segundos había quedado encajado entre las dos mitades de madera.

La puerta acabó desapareciendo. Apenas si algunas astillas colgando de las bisagras...

El enmascarado del traje talar grana con sus guantes de pinchos y la calavera blanca bordada sobre la capucha... Y el hacha, claro.

—¿Pretendías huir de mí,
O'Toole?

—La voz que surgía a través de la tela era opaca y metálica a la vez, impersonal y fría, sentenciosa.

SINIESTRA.

El periodista fue incapaz de articular un solo vocablo pese a que sus mandíbulas se habían distanciado una de otra notablemente. Tanto, que parecían descoyuntarse por completo del conjunto facial en que estaban integradas.

Decir que Mark

O'Toole,

en aquellas circunstancias, estaba cagado de miedo, hubiera podido sonar a ironía escatológica o a chiste ramplón y fácil de un mal gusto alarmante.

Cierto.

Pero no menos cierto que decirlo, era, a la vez, suscribir la realidad llana y sencilla que rodeaba al absorto, aterrado periodista, que parecía estar momificado en la taza lo mismo que si formase parte de ella, que si fuese una prolongación del aséptico sanitario ajeno a toda clase de tragedias y resignado a su receptora misión con voluntad heroica de sacrificio.

—No... No me mat... e. ¡Se... se lo supli... co! —Logró al fin, convertir en incoherente sonido el aire que surgía de sus labios, entre remolinos de pánico, enmarcado por la hostil cenefa del miedo—. Yo... ¡tengo hij... os! Dos, dos... ¿sabe? Le... ¡Le daré dinero, sí! Te...tengo algo... tengo unos...

—¿Ahorros?

El mascarón asesino parecía divertido con aquella insólita escena de sufrimiento que la cobardía innata de un hombre le hacía

protagonizar sobre la vulgar abertura de un inodoro.

Por eso, debió proseguir en igual tono burlón:

—¿Algo así como tres millones y medio,

O'Toole?

Tragó saliva.

—Tre... tres —tartamudeó, temblando sonoramente—. ¡Oh, Dios! Solo... ¡Sólo tengo veinticinco mil dólares!

—¡Cuánto lo siento, Mark! No te puedes imaginar cuánto. Pero comprenderás que las muertes de tus compañeros Robson y Linn-Baker, lo mismo que la de un inoportuno fisgón llamado Hunter, valen algo más de veinticinco mil, ¿no? Valen, periodista, exactamente los tres millones y medio que acabo de mencionar. ¿Entiendes?

Con enorme dificultad logró alzarse y entonces, los pantalones, se le arrugaron alrededor de los tobillos.

De no haber sido porque el hacha estalló encima de la cabeza de Mark

O'Toole

dividiéndola en dos sangrantes mitades que escupieron líquidos misiles rojos pintando al instante extraños, siniestros arabescos en los blancos baldosines que cubrían las paredes del estrecho recinto... De no haber sido, sí, por aquel *pequeño detalle*, la escena que se estaba desarrollando dentro de aquel íntimo lugar hubiera reunido una fuerte dosis de ridículo y maloliente humor.

Cada ojo quedó a un lado de la partida cabeza expresando desde la abierta inmovilidad que le prestaba la muerte una parcial visión del horror que se había llevado al reverso de la vida cuando abandonaban ésta... Parecían formar parte de uno de aquellos lienzos en que el expresionismo, el impresionismo y el confusionismo, nacían a un nuevo estilo pictórico para el que cabía cualquier interpretación.

El hacha, luego de irse atrás, volvió adelante con mayor violencia penetrando el filo por el tajo anterior y descendiendo, con crujiente brutalidad, para partir ahora el tronco... Separando las piernas, rasgando incluso el pantalón para que los arrugados camales quedasen uno a cada lado. En el que les correspondía.

Un nuevo tajo, este trazado en fulgurante diagonal hizo cuatro de las dos mitades anteriores y la sangre, los jirones de carne, el

estallido de huesecitos y la colgante pringue de algunos tendones, se perdieron dentro de la taza mezclándose de manera irreverente, grosera, con los excrementos y el hedor que por encima de ellos emergía.

Prosiguió el hacha su dantesca sinfonía hasta convertir el reducido espacio de paredes blancas en un horripilante estallido de pinceladas rojas que coloreaban por doquier, anárquicamente, la nivea asepsia del inodoro.

Cuando el sádico asesino dio por terminada su obra, lo que allí quedaba del periodista Mark

O'Toole

era una pulpa irreconocible y sanguinolenta que difícilmente serviría para identificarle.

Habrían de utilizar para ello la documentación y algún otro objeto que, por casualidad o porque así estaba previsto, habían resultado indemnes a la espeluznante masacre.

*Déjame que te cuente, limeña...
 déjame que te diga la gloria...
 del ensueño que evoca la memoria,
 ¡del viejo puente del río y la alameda!*

Fanny «Coquitos» le prestaba su modulación pastosa, cálida, sensual, a «La Flor de la Canela», haciendo de aquel ritmo sudamericano una interpretación radicalmente opuesta a la de María Dolores Pradera que debía a aquella pieza buena parte de su popularidad.

Fanny «Coquitos» —cuyo apodo le venía del hecho de salir a la pista desnuda, a excepción hecha de sus pechos cubiertos con las dos mitades de un coco que abarcaban parte de aquéllos ocultando ambos pezones a la rijosa curiosidad del personal masculino— tenía fiebre en la voz, fuego, una extraña cualidad que hacía quemar cada palabra al compás de sus espasmos eróticos, de sus contorsiones, de la epilepsia agónica que contagiaba a las rítmicas cadencias y que a través de su figura escultural de diosa salvaje, misteriosa, trasladaba a quienes la escuchaban y contemplaban con la respiración contenida, con mirada brillante de deseo, con desbordante pasión.

Stefanie Adams, éste era su verdadero nombre, procedía del Haití enigmático habiendo nacido al arrullo del vudú y las mágicas ceremonias preñadas con ruido de tam-tam

e invocaciones espeluznantes del *papaloi*.

Se decían de ella muchas cosas y se la suponía involucrada en ritos ancestrales, siniestros, en los que se decidían destinos de personas, vidas y muertes, sin que nada ni nadie fuesen capaces de alterar aquellas decisiones.

Se sabía que algunos hombres habían enloquecido de pasión

respirando el aura lúbrica de sus carnes ardientes, sorbiendo el aliento de sus labios tropicales, poniendo a los menudos y bien dibujados pies de aquella enigmática y excitante sacerdotisa las fortunas e imperios de que eran propietarios, para acabar como pieles sin voluntad, como rotas marionetas a las que les habían arrebatado los hilos que las mantenían vivas.

*Jazmines en el pelo y rosas en la cara,
airosa caminaba La Flor de la Canela...
Derramaba lisura y a su paso dejaba
aromas de mixtura que en el pecho llevaba...*

Yvon, desde un extremo de la barra del «Locura Beach *Boîte*», oculto en la penumbra psicodélica de las luminosas espirales multicolores que parecían surgir del suelo y techo hasta fusionarse, retorcerse las unas dentro de las otras, contemplaba con un vaso entre los dedos de la diestra, la paradisíacas contorsiones de la propietaria del local.

Apuró el *gin-fizz* de un último trago presintiendo que pronto iba a producirse el estallido enfebrecido y ensordecedor de los aplausos testimoniando el tributo reverente de admiración, de pleitesía, con que todos despedían a diario el paso por la pista de Fanny «Coquitos» para dirigirse, sorteando las mesas y veladores que contornaban el escenario, hacia la escalerilla que ascendía, a la izquierda de aquél, hasta los cortinajes que ocultaban el pasillo donde se alineaban los camerinos.

*Del puente a la alameda menudo pie la lleva
por la vereda que se estremece, al ritmo de sus
caderas...*

*Derramaba la risa de la brisa del río y al viento la
lanzaba
¡del puente a la alameda!*

Detrás de las cortinas estaba sentado en un taburete, bajo la arcada, un doberman negro, de fauces enormes, que se entretenía hurgando en sus dientes feroces con un palillo metálico.

—Hola, hermano —saludó Chevalier.

El otro ni se inmutó. Sólo dijo, sin dejar sus exploraciones

dentarias:

—Ándate con ojo, Yvon. La patrona está que echa chispas contra ti. Ya se ha enterado de que has vuelto a meterte en la cama con la blanca.

—¡El mundo es un pañuelo! Y las noticias le dan la vuelta antes de producirse.

—Yo sólo te advierto, hermano. Luego, ¡allá vosotros!

—*Okay*.

Avanzó unos pasos hasta abrir la segunda puerta de la derecha y colarse en el interior de la estancia cerrando a su espalda.

Hasta allí dentro llegaron los aplausos estruendosos que saludaban la exhibición de la impresionante mulata.

Fanny «Coquitos» cerró de un portazo.

—Sé que estás ahí, negro. No te escondas.

Salió de detrás del biombo.

—Cariño...

—No se te ocurra quitarme los cocos y besarme los pechos como haces siempre. No se te ocurra ponerme las manos encima... No... ¿Cómo te has atrevido a volver, Yvon?

—Bueno —la miró con ojos cálidos, recreándose en la contemplación de aquella sinfonía magistral, curvilínea, abrupta, de mágicos recortes, de voluptuosos acantilados, de sugerentes relieves —, si llego a saber que me recibirías así... Stefanie, estás más hermosa y deseable que nunca.

La sensual mulata cimbreado sus caderas al dar un paso, dos, hacia Chevalier. Con un irónico mohín curvando sus labios sangrantes rielados de grietas, inquirió, caustica:

—¿Más... que Harriet Powers?

—Stefanie... ¡Por favor!

—Lárgate de aquí. No quiero volver a verte.

Ahora fue el negro quien dio dos pasos reduciendo a nada el espacio que los distanciaba.

Chispearon como ascuas los ojos relucientes, hermosos, febriles, de Fanny «Coquitos».

—¡Ni lo intentes! —amenazó, estirando sus puntiagudas uñas como una gata en celo.

Hizo caso omiso extendiendo la diestra para retirar las dos mitades del coco que ocultaban los pezones y parte de sus pechos exuberantes.

Empeñado en tal dulce menester apenas si dispuso de fracciones de segundo para hurtarse al arrebató bestial de la enfurecida hembra, cuyas uñas, en zigzag relampagueante se dirigieron a los

ojos del detective.

Yvon, tras esquivar la feroz embestida propinó a Stefanie dos bofetadas, con derecho y revés de la zurda, que restallaron como pistoletazos dentro del coquetón y reducido camerino.

Sin darle opción a recobrar el aliento ni a proferir el insulto que parecía temblar en los labios femeninos, Chevalier pasó la diestra por encima del hombro para recoger junto a la nuca, en un manojo, los largos cabellos de la «Coquitos», tirando hacia abajo para obligarla, violentamente, a que alzara la cabeza al tiempo que la echaba atrás y...

—¡Mald...!

... repetía con mayor estrépito y fuerza, el juego de bofetadas que al punto colorearon los pómulos y mejillas de la ardiente mulata.

Después, más que besar, sepultó su boca en la de Stefanie como si pretendiera devorar sus labios, entrando a saco en el paladar, con la lengua, que pronto, de inmediato, tuvo enroscada la de ella como colgados tuvo del cuello los brazos cálidos mientras Fanny se aplastaba enloquecida contra el cuerpo musculoso del gigantón hundiendo sus pechos desnudos en el atlético torso.

Jadeante tras aquel beso de locura, le incitó con mirada estrábica de pasión y matiz perverso en la voz:

—¡Devórame...! ¡Devórame, canalla! Si no me posees ahora mismo, ¡juro hacerte un *uanga* que te dejará ciego de por vida! [2]

No hacía falta que lo amenazase con siniestros conjuros mágicos porque Yvon se había excitado lo suficiente con el calor de aquella lúbrica refriega, como para desear poseerla de la manera más primitiva posible.

Stefanie se convirtió en un torbellino enloquecedor, en un ser ávido y receptivo al máximo que devolvió, con intereses, caricias, jadeos, besos y angustias, integrándose en aquel juego delirante con voluptuosa iniciativa.

Hora y media después, Yvon Chevalier, estaba por completo exhausto.

Desarbolado.

Por contra, la estampa que ofrecía ahora Stefanie, desnuda y sudorosa, brillante su piel como la de una enorme cucaracha, era más salvaje, sensual y agresiva que nunca.

Sus pechos, auténticos volcanes de erotismo, erguidos cual agrestes promontorios de una inflamada cordillera de lujuria, subían y bajaban con ritmo desafiante.

Susurraban en silencio, con quebrada onomatopeya, iguales promesas que aquellas sirenas míticas que pretendieron evitar el regreso de Ulises a Ítaca.

—Si me dices que ella es capaz de amarte así, de entregarse como yo, de inundar de fuego tus entrañas... ¡me ahorcaré ahora mismo!

—No... No lo hagas, mi deliciosa «Coquitos». Lo tuyo es sadismo, querida. Un sadismo que... —La vio avanzar hacia él, que seguía tendido, despernado en aquel sofá de cretona con tapizado de flores, respirando con cierta fatiga. Gritó—: ¡No, Stefanie! No...

Silencio, y:

—No... cariño, no. Por favor... ¡Aaah!

Hubo de transcurrir un espacio de tiempo superior a los sesenta minutos antes que ella, envuelta en la amplia toalla de baño que secaba su cuerpo tras la ducha reconfortante, preguntara:

—¿Qué quieres, negro? Porque sé que no has venido solamente a amarme, como sería de desear.

Chevalier estaba fumando un cigarrillo mentolado con languidez, echando al aire veleidosas columnas de humo que se rompían en la nada tras describir un suave fognazo.

—Tengo problemas...

—¿Harriet, no?

—¡Cristo, Stefanie! ¿Es que no puedes olvidarte de ella?

Chispearon las pupilas de la mulata.

—¡La odio! Te ha encargado un trabajo, lo sé.

Yvon largó un taco y preguntó después:

—¿Es que me has puesto micrófonos ocultos en el «Desdémona»?

Fanny «Coquitos» se inclinó con una sonrisa en su boca grande para besar con juguetona fugacidad los sensuales labios del negro.

—Sabes de sobra que no necesito hacer eso.

—*Okay*. Dos periodistas y un detective han sido literalmente destrozados, al parecer con un hacha. «Locura Beach *Boîte*» sigue siendo un antro de gentes del hampa. Asesinos a sueldo, *gangsters*, chivatos, «camellos», drogadictos, homosexuales... El resto, cachondos mentales que vienen a enfurecerse con tu despelote y

que luego se masturban frenéticos imaginando...

—Tú tienes mucha más suerte, ¿no?

—Quiero saber qué pasa con esa ristra de crímenes sangrientos, Stefanie.

Otro beso. Un arrumaco. Luego, el dedito índice de la hembra jugueteó sobre la punta de la nariz del negro.

—En ese asunto, Yvon, no ha intervenido un solo profesional. Puedo garantizártelo.

—¿Entonces...?

La «Coquitos» ahuecó los hombros haciendo oscilar graciosamente sus pechos magníficos.

—Misterio.

—Necesito que hables con Michou.

Las exóticas facciones de la mulata experimentaron una brusca contracción.

—No —dijo—. Es imposible. No puedo estar importunando al *papaloi* a cada momento.

—¡Por favor, Stefanie! Es la segunda vez que te lo pido. La primera fue cuando el caso Alberston. Prometo no volver a hacerlo, ¡lo juro si quieres! Pero necesito que me ayudes.

Un profundo suspiro surgió de los labios de ella con la fuerza de un huracán.

Luego, encogiéndose en un gesto resignado, preguntó:

—¿Tanto la amas, Yvon?

—¡Oh! —Dio un manotazo en el aire—. Te garantizo que no se trata de eso. Lo que yo pueda sentir por Harriet no tiene nada que ver. Lo único que pretendo, Stefanie, es aclarar el misterio lo antes posible. Impedir que ese maníaco del hacha siga cometiendo barbaridades.

—Está bien. Vamos...

Pasaron al despacho de la propietaria del «Locura Beach *Boîte*» y Stefanie, sentándose tras la mesa, hizo una llamada telefónica.

Luego de hablar por espacio de varios minutos en una jerga del todo ininteligible para el pesquero, le dijo, tendiéndole el auricular:

—Explícale todo lo que sepas con relación al caso.

Lo hizo puntual y detalladamente.

Después, aquel que escuchaba al otro extremo del hilo, inquirió con voz que parecía albergar un contenido de intriga:

—¿Qué pasos ha dado usted desde el momento que le han encargado la investigación?

Se los refirió punto por punto.

Finalmente y de acuerdo con lo que le decía el otro, devolvió el aparato a Stefanie.

Otra vez el diálogo en aquel áspero idioma erizado de vocablos restallantes que daban la sensación de tener un enigmático eco metálico y ella, colgando, le dijo:

—Llamará dentro de una hora, aproximadamente, para referirte la pista que haya intuido a través de la imagen que descubra fija en tu subconsciente.

—Una hora... —Sopló, haciendo un gesto de desesperanza.

—¿Tan mal te sientes a mi lado, Yvon?

—«Coquitos», por lo que más quieras. ¿Qué raro placer encuentras en buscar doblez en cada una de mis palabras? Te he dicho que tengo prisa por desvelar el misterio. Por impedir que se siga derramando sangre.

—Perdona, negro. Todo ocurre porque te adoro demasiado. Tengo celos hasta de mi sombra. Cualquiera día me vuelvo loca y preparo un *uanga* para la blanca que...

—¡Stefanie! Medita bien lo que voy a decirte: si llegara a sucederle algo a Harriet Powers y yo intuyese que tú tenías que ver en ello, ni diez millones de *papalois* podrían impedir que me cobrara una espectacular venganza en tu persona. Y a partir de este momento no quiero que en nuestras conversaciones vuelva a aparecer para nada la blanca. ¿Está claro?

Inclinó la cabeza para evitar que Chevalier captase el brillo que animaba sus oscuras pupilas.

—Sí.

La llamada se produjo bastante antes de lo esperado.

Stefanie tras recogerla, tendió el teléfono a Yvon, advirtiéndole:

—Sólo escucha, ¿eh?

Asintió, llevándose el auricular al oído.

—Un viaje es la imagen que ha *seleccionado* tu subconsciente — oyó decir al otro extremo. Y tras una breve pausa, añadieron—: *El asesino viajará después.*

«¡Clic!»

Habían colgado.

El asesino viajará después...

Yvon, confundido, consultó la esfera luminosa de su reloj: faltaban diez minutos para la una y treinta de la madrugada.

—Gracias, Stefanie. ¡Adiós!

—Buena suerte...

En la mirada de Fanny «Coquitos», al quedar sola, brillaban con igual intensidad odio y despecho.

A Harriet se le iluminó el rostro y también el corazón, al ver la impresionante silueta del negro delante de la puerta del «Los Ángeles Sun».

Se colgó de su cuello para besarle la boca sin que le importaran demasiado las sonrisas y miradas de sus compañeros de redacción, ni tampoco el asombro de algún noctámbulo viandante que expresaba con su gesto, a la vez, la envidia que le causaba el gigantón de color.

El comentarista de sucesos locales, un jovial y humorístico coñón al que apodaban «Morreras», comentó por bajines al pasar junto a la pareja:

—¡Métele mano, Harriet! Es sordo...

—¡Burro!

—¿Es a mí? —Puso cara de sorpresa Yvon.

—¡Tú eres un bobo! —Y volvió a besarle. Preguntando después —: ¿Cómo es que has decidido venir?

—Porque me han sobrado veinte minutos.

—¿Alguna novedad? —Arqueó sus depiladas cejas la bella morena.

—No... —mintió en parte el detective. Luego y tras explicarle lo que había hecho desde que se separaran, omitiendo obviamente su paso por el «Locura Beach *Boîte*», dijo—: Mañana será otro día.

—¿Vamos a mi apartamento? —sugirió ella mimosa.

—Necesito *descansar* —fue la respuesta intencionada del negro —, ¿entiendes?

—¡Ni que estuvieras hablando con una ninfómana!

—A veces...

—¡Yvon! —Se sofocó ella—. Si vuelves a insultarme... ¡Juro que te *violo* en mitad de la calle!

Hizo él un cómico gesto de horror.

Harriet había alzado la diestra para detener el taxi que con el indicador verde pasaba despacio, por la calzada, muy cerca de ellos.

Les dejó en el 1106 de Alameda Street.

No habían hecho más que poner los pies en aquel apartamento espacioso, confortable, decorado con gusto exquisito de femenina impronta, cuando el teléfono se disparó con su musical e impertinente campanileo.

Harriet atendió la llamada y dijo un instante después:

—Es para ti.

—Habla Chevalier...

—¡Yvon! —el estallido salía de la boca del teniente Robards y llegaba con fuerza al oído del negro, casi molestándole—. ¡Han asesinado a Mark

O'Toole!

—Y le refirió el suceso con detalle.

—¿No me has dicho que lo tenías prudentemente vigilado?

—Sí. Pero se la ha dado con queso a mi hombre.

—¿Tienes idea de lo que hacía

O'Toole

en una estación de autobuses a esa hora?

—Según me ha confesado su mujer...

—¿Y Farentino? —preguntó de súbito el detective, interrumpiéndole.

—Desde las nueve de la noche se encuentra en la redacción del «Los Ángeles Times» y no saldrá de allí hasta las siete treinta a.m., porque tiene guardia. O sea, que su coartada es tan sólida, que lo descarta definitivamente como posible candidato a sádico asesino de hacha...

Viaje...

El asesino viajará después...

Una serie de luces inundaron con cegadora claridad, de pronto, el cerebro de Yvon Chevalier.

VIAJE...

—¡Robards! —aulló, pensando que si el asesino tenía que viajar, antes, debería dejar culminada su trágica obra. ¡Y Farentino estaba de guardia en el periódico! Repitió, casi asustando al otro—: ¡ROBARDS!

Éste respondió:

—¿Qué sucede, Yvon? ¿Te has vuelto loco?

Yvon le pidió:

—¡Coge un par de hombres y espérame en la puerta del edificio del «Los Ángeles Times»!

—¡Pero...! ¿Estás insinuando que Farentino...? ¡Acabo de decirte que...!

—¡Me importa una mierda lo que acabas de decirme! —gritó. Añadiendo—: ¡Haz lo que digo! ¡Dentro de veinte minutos estoy allí!

Colgó.

Harriet estaba alarmada, más que sorprendida, por cómo se había manifestado el negro y también por aquel brillo excitado, febril, que ahora leía en sus pupilas.

—Yvon, Yvon, ¿qué sucede?

Le dio un suave cachetazo en las mejillas.

Y le ordenó:

—Acuéstate y no me esperes. Mañana hablaremos de todo, ¿eh?

—¡Pero...! —Inició una tímida protesta.

—Anda, muñeca —besó los labios carnosos de la periodista—. Sé buena chica y obedece.

Ella, terriblemente intuitiva como profesional de la información que era, dijo:

—Respóndeme sólo a una pregunta.

—Vamos, vamos, suéltala.

—¿Sabes quién es el asesino, verdad?

—Sí...

—¿Quién?

—Mañana, princesa, mañana. Te juro que serás la primera «ensuciacuartillas» en saberlo, ¿okay?

—Eso no es justo, Yvon. ¡No, no lo es!

—Mañana —y salió a escape del apartamento.

Dustin Farentino, con su seriedad habitual, fruncido el ceño y con actitud reflexiva, se encontraba en la sala de *télex* consultando la cinta larga y estrecha que brotaba a impulsos electrónicos de una de las máquinas.

—¡Las mismas bobadas de siempre! —exclamó con desdén, arrugando dentro de su mano el pedazo de papel que acababa de cortar de un tirón—. La de tiempo y dinero que se malgasta en...

Calló.

Porque de repente tuvo la extraña, agobiante sensación, de que había dejado de estar solo.

—¡Fu...! —Sopló avergonzándose de sí mismo al deducir, con lógica, que debía tratarse del técnico de servicio. Y alzando la voz, preguntó—: ¿Es usted, Steve?

Unos segundos de silencio. De espeso silencio.

Después:

—No, Dustin. Soy... yo.

Giró como una peonza, más por movimiento reflejo que por acto volitivo, el crítico de cine de aquel prestigioso rotativo.

Una mueca de estupor pinzó sus facciones dejándole boquiabierto y a la vez mudo de asombro al contemplar la silueta enigmática, siniestra, que estaba erguida frente a él con aire amenazador, letal.

Vio el traje talar color grana. El capuchón con la calavera bordada. El hacha en tierra paralela a la pierna derecha del enmascarado, sostenida por mano firme.

—¿Quién... quién es usted? ¿Qué quiere de mí?

Una risita seca, breve, sádica.

—Lo sabes muy bien, Dustin Farentino. Quiero matarte. Eres el último de la lista. El cuarto de la fotografía. Mira... —Con la mano izquierda le mostró una copia del retrato que les hiciera David

Bowie en Sacramento en la que su rostro estaba cruzado con una gran «X» roja—. ¿Lo ves?

El periodista trató de aparentar una serenidad que realmente no sentía. Pero era consciente de que sólo dominando sus emociones, su temor, tenía alguna opción, aunque remota, de salvar su vida.

—¿Por qué? Todo en la vida tiene un por qué. Hasta ese juego sangriento y demente en que usted se ha empeñado, debe tenerlo, ¿no es así?

—Admiro tu sangre fría, Farentino. Los demás no tuvieron igual entereza que tú para enfrentarse con la muerte... ¡Si hubieses visto a Mark

O'Toole!

¿Por qué? Es muy sencillo, amigo. Como en «El Argumento». Tres millones y medio, importe de mi seguro de vida. El que muy en breve cobrará mi viuda.

Sin descomponerse, al menos aparentemente, razonó el circunspecto crítico:

—Entonces... ¿Eres uno de nosotros cuatro, no? ¿Cuál?

—¿Quieres que remedemos el final de la película, eh? —inquirió con sardónico matiz el encapuchado. Negando a continuación—: Pero esta vez no será así. No... Morirás arrastrando la incógnita hasta el otro mundo, Farentino.

Con rápido movimiento se irguió el hacha.

—¡Tú no matarás a nadie más... Harrison Hunter! —Una voz por detrás del que vestía traje talar grana.

Un rugido primero.

Después, se revolvió como una fiera acorralada, lanzando el hacha con violencia hacia donde se encontraba el que acababa de revelar su identidad.

Yvon Chevalier hizo una finta con la cintura al tiempo que apretaba el gatillo de su «Magnum».

Hizo un solo disparo.

El mismo que pintó un agujero negro en la blanca calavera, en su siniestro entrecejo, que estaba bordada sobre el capuchón.

El enmascarado se fue atrás proyectado por un rafagazo demoledor y Farentino hubo de andar ligero en apartarse para que no cayese sobre él, derribándolo. El asesino del hacha, con patético y postrer movimiento de sus brazos en el aire, tropezó contra una

máquina de *télex* y, tras rebotar en ella, se apelotonó en tierra como una deshilvanada y trágica marioneta.

Jobeth Robards corrió hacia el muerto, inclinándose, para librarle con mano trémula y nervioso ademán, de la capucha.

—¡Santo Dios! ¡Es cierto! —exclamó, atónito, al reconocer el rostro del detective que fuera su amigo—. ¡Es Harrison Hunter! —despacio, llevó su mirada hasta el negro, preguntando—: ¿Cómo lo has sabido?

Yvon, enfundando el «Magnum», musitó:

—¿Te dije que encontré a Loretta a punto de salir de viaje, verdad? —Vio el asentimiento del policía, siguiendo—: Tenía una maleta abierta, a medio hacer, encima del sofá. En un momento dado y tratando de consolar su pretendida angustia, tropecé con la valija mirando instintivamente hacia su interior. Arriba, había *un traje de hombre*, ¿sabes? No le di importancia en aquel momento... Luego, cuando alguien me hizo reflexionar sobre la palabra VIAJE, recordé ese detalle: el traje masculino. Preguntándome para que necesitaba Loretta un traje de su difunto marido...

—Tengo la sensación de que me ocultas algo, negro.

—Terry Robson y Harrison Hunter eran íntimos amigos desde la infancia —anunció Chevalier, soslayando el comentario del teniente—. Cuando regresó de Sacramento debió de explicarle a Hunter lo ocurrido en aquel «Primer Certamen del Argumento de Terror» y Harrison, que tenía contratada con la «Detective Assurance Financial C^o» una póliza por importe de tres millones y medio de dólares... —Hizo un alto, añadiendo—: El resto te dejo que lo imagines, policía. ¡Ah!, y también deberás descubrir la identidad de la víctima de que se valió Hunter para escenificar *su asesinato*. Quizá podrá serte útil en esa investigación averiguar si entre las amistades de Harrison se contaba algún médico o cirujano que le debiera favores. Es, solo, una posibilidad.

Jobeth Robards, del Grupo de Homicidios del Escuadrón Metropolitano de Los Ángeles, inclinado aún junto al cadáver, contemplaba, boquiabierto y con palmaria expresión de asombro, al pesquisa.

Levantándose despacio, preguntó:

—¿Y Loretta? ¿Qué pasa con ella?

—Sólo puedes presentar en su contra el cargo de complicidad.

Inténtalo... Si es que a estas horas no ha salido ya del país. De ser así, ve preparando los trámites de la extradición. La compañía de seguros, muy gustosamente, te facilitará su domicilio en Maracaibo, Venezuela, lugar donde ella ha ido a esperar pacientemente que se cumplan los plazos legales establecidos para cobrar el importe de la póliza suscrita por su fallecido esposo. Que ahora es ya realmente un difunto, sí... ¿Lo entiendes todo, verdad Jobeth? —Sin esperar respuesta, añadió—: Él... —Hizo un gesto dirigido al muerto—, *hubiera viajado después* de asesinar a Farentino, para reunirse con Loretta en Venezuela.

—Sigo opinando que me ocultas algo, detective.

—Suposiciones tuyas, poli. Meras suposiciones.

—¡Eh, Yvon! ¿Dónde diablos vas?

—A contarle esta primicia a una periodista para que el señor Farentino y su periódico no gocen de la exclusiva. Luego, dormiré con ella. Y si no consigo conciliar el sueño, me entretendré intentando hacerle un hijo.

—¡Joder de negro!

Eso, joder...

—¡Que te sea leve, policía! Señor Farentino, hasta otra. Ha sido un placer salvarle el pellejo.

Así diciendo, el que decía ser descendiente de un popular *chansonier* que había ganado su fama con los inicios del cine sonoro, salió de la sala de *télex* del «Los Ángeles Times», haciendo girar el ala del *canotier* en torno a su redonda cabeza de negro.

FIN

Intriga...
Acción...
Misterio...
Emoción...

Todo eso y mucho más
encontrará en las novelas
de la colección

TOP SECRET

Cuando empiece a leer una
de estas novelas,
rigurosamente inéditas, no
podrá dejarla hasta llegar
al final.

Ese es el propósito de los
grandes AUTORES, que le
ofrecen sus mejores obras
en la colección.

TOP SECRET



¿Conoces a este hombre...?

Bajo el antifaz se esconde un hombre bueno.

Inteligente, sutil y... tranquilo,
que se ha alzado frente a la injusticia
para defender a los pobres y los explotados.

Armado con dos revólveres,
recorre California imponiendo su ley...
Su nombre se pronuncia con temor...

EL **COYOTE**

Síguelo con ediciones Forum

A-033

CUATRO SERIES
en las que sólo tienen cabida obras
RIGUROSAMENTE INEDITAS
de los autores de mayor prestigio

Serie ciencia ficción
GALAXIA 2000

Serie oeste
MUSTANG

Serie policíaca
TOP SECRET

Serie terror
THANATOS

75 ptas.

NOTAS

[1] Intérprete femenina junto a Maurice Chevalier de la película «El desfile del amor» (1927). Fue el primer film sonoro estrenado en España. (Nota del Autor). < <

[2] En el vudú, hechizo o encantamiento. (Nota del Autor). < <